

La Princesa de Eboli

POR

ERIKA SPIVAKOVSKY

* La última literatura viajera que se distribuye en el Madrid de 1972, invitando al turista a visitar Pastrana, antigua sede de los Príncipes de Éboli, describe a la famosa Princesa Doña Ana como «amante del Rey Felipe» y añade otros errores. Digo «errores» porque en este estudio trato de comprobar la falsedad de la leyenda de aquellos supuestos y adúlteros amores. Espero mostrar también cómo, en la historia, los papeles de Doña Ana de Mendoza y de su esposo Ruy Gómez de Silva han sido juzgados equivocadamente.

Algunos historiadores, empezando por Froude (1), pero más recientemente Gregorio Marañón en su estudio sobre Antonio Pérez (2), prepararon la base para dudar del mito de los amores del Rey. Pero aunque serios escritores hoy en día no creen en esta leyenda, nadie ha ofrecido hasta ahora una prueba para borrarla del todo. Sería imposible hacer esto sin saber más detalles de la larga vida de Doña Ana antes de su viudez, oculta hasta hoy. La historia nada dice de su etapa de formación ni de su juventud, y permite conocer poco sobre sus padres. Desde 1890, no obstante, podemos utilizar una nueva fuente para separar la verdad de la ficción: en una serie de documentos de su vida (3), publicados ya en esa fecha, pero enteramente

(*) La autora agradece al Profesor E. Benito Ruano la corrección del castellano de este original.

(1) JAMES ANTHONY FROUDE. «Antonio Pérez: an unsolved Historical Riddle» en **The Spanish Story of the Armada and other Essays**. New York, 1892. págs. 90-154.

(2) **Antonio Pérez**. (El hombre, el drama, la época). I. II. Madrid. Espasa-Calpe S. A. 5.ª ed. 1954.

(3) «Cartas relativas a Ruy Gómez de Silva, Príncipe de Eboli,» en **Colección de documentos inéditos para la Historia de España (Codoín)**. Tomo 97. Madrid, 1890, págs. 285-356. Los historiadores modernos han reparado hasta ahora poco en esta colección por varias razones: las cartas se hallan casi escondidas entre documentos del siglo XVII y otros del XVIII, seguidas por una larga colección de la correspondencia de los hermanos Zúñiga de 1566 a 1568. Y aún si el lector casualmente abre el tomo en las págs. 285-356, verá casi exclusivamente referencias al «Conde» o «la Condesa», es decir, los Condes de Mélito, títulos no muy conocidos hoy, pero que los célebres Príncipes de Eboli llevaron de 1555 a 1559. Además, los editores (el Marqués de Fuensalida del Valle, don José Sancho Rayón, y don Francisco de Zabalburu) identificaron solamente veinte de las 26 cartas, fechadas del 13 de Septiembre 1557 a Febrero 1558, conservadas en el Archivo

olvidados o ignorados, se revela, por ejemplo —entre muchos otros detalles— la fecha de la consumación de su matrimonio, fijada antes en 1559, pero que de hecho ocurrió en 1557, diferencia significativa para comprender la verdadera relación de cada uno de los miembros de aquella pareja con Felipe II.

Antes de estudiar la nueva información, recordemos los datos ya conocidos: Doña Ana de Mendoza y Silva nació en 1540 en Cifuentes (Guadalajara), patrimonio del padre de su madre, Don Fernando de Silva, cuarto Conde de Cifuentes (4), de uno de los linajes más poderosos de España, a la par del de su rama paterna, los famosos Mendozas. El padre de Ana fue Don Diego Hurtado de Mendoza y de la Cerda, segundo Conde de Mélito, nieto del Gran Cardenal de España, Don Pedro González de Mendoza, el «tercer rey de España» en la época de los Reyes Católicos.

Hija única, considerada la más rica heredera prospectiva de dos fortunas, casaron a Doña Ana en 1553 con Ruy Gómez de Silva (no pariente, pese al apellido, de la madre de Ana), el favorito, ministro de suma confianza, del Príncipe Felipe. Ruy Gómez, perteneciente a la aristocracia menor portuguesa, fue llevado a España como paje por la Emperatriz Isabel, la madre de Felipe II, príncipe de quien permaneció cerca desde su nacimiento en el que le aventajaba en diez años. Le sirvió en las varias condiciones de paje, trinchante, copero, y luego fue su representante personal, jefe de Hacienda, y miembro de varios de sus Consejos de gobierno. Aunque solía decir que «mi profesión... es vestir el sayo a Su Alteza» (5), era Ruy Gómez la primera y la última persona con quien su amo hablaba cada día; usualmente dormía en la cámara de Felipe II si no estaba viajando fuera del país en comisiones personales del Príncipe, las más veces llevando mensajes del hijo al Emperador.

El padre de Ana, actuando bajo la sugestión de sus parientes, ha-

de Simancas, **Consejo de Hacienda**, legajos 30, 32, y 34; y **Patronato Real**; legajo único. De otras seis cartas a Ruy Gómez, Enero a Marzo de 1558, del Archivo de Zabalburu, no reconocieron al remitente. La evidencia interna nos revela que fueron escritas por Gutierre López de Padilla, identificado por sus referencias al deseo de casar a su hijo don Jerónimo de Padilla con doña Magdalena de Bobadilla. Págs. 341 y 345.

(4) Para referencias genealógicas véase **Diego Gutiérrez Coronel, Historia genealógica de la casa de Mendoza**, ed. Angel González Palencia. Tomos I & II. Cuenca. 1946.

(5) «mi profesión, que es vestir el sayo a Su Alteza,» Ruy Gómez de Silva a Francisco de Eraso, 7 de Mayo, 1552. **Arch. Simancas. Estado**, legajo 89, fol. 130.

bía instigado este casamiento. Los Mendozas, clan extenso, ansioso de poder, planearon asegurar como su aliado político al favorito del futuro Rey, cuya influencia sobre su amo era prácticamente sin límite. Puesto que este partido se estimaba el mejor, con mucho, por Ruy Gómez, Felipe se lo permitió como privilegio especial, con el fin de que su amigo, pobre hidalgo sin estado, se pudiese unir a una de las primeras casas de España (6).

Como Ana no había alcanzado los trece años, y era pequeña para la edad del prometido, —«bien bonita aunque es chiquita» (7)— (quizá no era tuerta todavía), el matrimonio consistió en «palabras» solamente, estipulándose que la consumación debería esperar dos años más. Las novias niñas usualmente iban a vivir con los padres del esposo, para ser educadas y guardadas por sus suegras, pero los orgullosos Mendozas no dejarían ir a su hija a una casa más modesta en Portugal, residencia de los Gómez de Silva, por lo que, contrariamente a la costumbre, Ana quedó con sus padres.

Ruy Gómez permaneció ausente de España los cuatro años siguientes: había marchado a Inglaterra con Felipe por el casamiento de éste con la Reina María Tudor, y luego le acompañó a Flandes. Por eso, pasados los dos años estipulados, el contrato matrimonial fue concluido en 1555 en Zaragoza sin la presencia del esposo. El padre de Ana (entonces, Virrey de Aragón y Duque de Francavila) renunció y cedió a su hija y al ausente Ruy Gómez de Silva y sus descendientes todos los estados que le pertenecían en el reino de Nápoles, juntamente con el título de «Condes de Mélito» (8).

Ningún historiador, inclusive los dos biógrafos de Doña Ana, Gaspar Muro (9), y F. García Mercadal (10), consignan lo que fue de ella en 1557 y 1558. Un poco mejor conocidos, en cambio, son los movimientos de Ruy Gómez en el mismo período, por sus cargos al servicio de Don Felipe. Durante aquellos primeros años de su reinado, Felipe II luchó por su hegemonía sobre Europa en varias

(6) Juan de Samano a Francisco de Eraso, 7 de Mayo, 1553. *Codoin*, t. 56. pág. 554.

(7) Los Mendozas sacaron el mayor provecho inmediato del partido, quedando Ruy Gómez aliado con ellos en contra de la casa de Toledo, sus émulos, durante toda su vida; por con raste, nunca se realizó en vida de la pareja la doble herencia de la novia. Uno de sus nietos recogería estas mieses en el siglo XVII al extinguirse la casa de Cifuentes. *Historia genealógica*, op. cit. t. II, pág. 531.

(8) *Ibid.*, pág. 566.

(9) *Vida de la Princesa de Eboli*. Madrid. 1877.

(10) *La Princesa de Eboli*. Barcelona: Iberia-Joaquín Gil. 1944.

fronteras, contra Francia, el Papa y algunos príncipes italianos. Su padre, el Emperador Carlos V, ya se había retirado a Yuste, su última residencia. Prematuramente envejecido y doliente, evitaba todos los problemas de gobierno, perdiendo interés por ellos. Sin embargo, el joven Rey despachó a Ruy Gómez, su *alter ego*, como lo había hecho muchas veces previamente, a consultar a su padre, y especialmente ahora a pedir su ayuda para sacar de España cantidades de dinero para la guerra.

Ruy Gómez partió de Flandes el 3 de febrero de 1557, paró poco tiempo en Inglaterra y llegó a Valladolid el 10 de Marzo (11). Visitó a Carlos V por primera vez el 20 de marzo en su retiro, donde el Emperador, reviviendo milagrosamente durante esta emergencia, se apresuró a escribir cantidad de cartas a los magnates de la Iglesia y aristocracia, mandándoles contribuir. Con su ayuda, Ruy Gómez consiguió arrancar a cerca de sesenta ricos hombres castellanos dos millones de ducados de oro. Al mismo tiempo, aparte de otra visita al Emperador, contrató una armada de 2.500 infantes.

Acabó todos estos negocios en tres o cuatro meses, cruzando Castilla varias veces y partiendo por último de Valladolid el 30 de julio. En Laredo, a fines de agosto, se juntó con la guardia de la armada nuevamente formada, para volver a Flandes vía Inglaterra.

Los historiadores suelen pensar que un hombre tan ocupado como Ruy Gómez no tenía tiempo para sus asuntos privados: unánimemente dicen de él no vió a su mujer durante todo el viaje. Y en efecto, ya en 1556 había escrito al Duque de Alba desde Bruselas: «...holgaría yo de concluir mi jornada con 'et yo a España, Señor Fernando mio', porque me scriven que está mi mujer grande, y yo he encaneçido, de manera que temo que si va asi la cosa, que no me an de conocer en casa...» (12). No obstante, es poco verosímil ni plausible que Ruy Gómez fuera de Bruselas a Castilla —viaje marítimo largo y peligroso en aquellos días— sin apresurarse a visitar a la novia que le aguardaba desde mucho tiempo, una niña que se decía bonita cuando tenía doce años y que ahora era ya una joven de diecisiete.

(11) M. Gachard, *Retraite et mort de Charles Quint au Monastère de Yuste*. Bruselas. 1855, t. II. 159-162.

(12) *Documentos escogidos del archivo de la casa de Alba*, ed. de la Duquesa de Berwick y de Alba, Madrid, 1891, págs. 73-75. La fecha que dice allí es errónea: debe ser 30 Marzo de 1556 en vez de 1566.

LA CORTE FEMENINA DE 1557

En verdad, durante su estancia en Valladolid, Ruy Gómez, no tan abnegado como para olvidar su vida privada, se detuvo intermitentemente con Doña Ana y los padres de ella, en su casa, cabe la Corte de la Princesa Doña Juana. Cuando partió de allí por última vez, su mujer ya estaba embarazada, y muchos de los que quedaron en España continuaron escribiéndole: Doña Ana, su suegro, su suegra, la Princesa Doña Juana, y casi todos los miembros de la Corte, cartas que facilitan nuestra narración.

Valladolid era entonces sede del gobierno de Doña Juana, Regente de España durante los cinco años de ausencia de su regio hermano. Hubo allí el interesante espectáculo de un gobierno con faldas que ha suscitado muy poca atención, ya que raramente se reunieron en un mismo lugar tantos Soberanos femeninos. La persona de suprema autoridad, la Infanta Doña Juana de Austria, bella princesa viuda, de Portugal, no tenía más de veintidós años. Había perdido a su esposo, el enfermizo heredero de la corona de Portugal, antes de dar a luz su hijo. Ahora, Don Sebastián, con tres años de edad, era Rey de Portugal. Para aceptar su nominación de Regente de España, Doña Juana tuvo que dejar al recién nacido, a quien nunca volvería a ver. Parece que ella tomó su decisión con bastante sangre fría, porque prefirió el ejercicio del poder a una existencia subordinada como Reina madre en la Corte de su hijo. Su posición hubiera sido inferior, porque la Reina viuda, Catalina de Portugal, su tía y suegra, gobernaba —**de facto**, si no **de iure**— aquella Corte y país durante la minoridad de Don Sebastián.

En este tiempo, Doña Juana hospedaba (con poco placer) en su Corte a sus otras dos tías, la Reina viuda María de Hungría y la Reina Leonor de Francia, ambas cincuentonas, quienes se había retirado a España al mismo tiempo que su hermano el Emperador. Las viejas Reinas tenían la ilusión de que toda España se sintiera obligada a ellas. Esperaban hallar aquí la misma deferencia que se les guardaba en los países donde previamente habían gobernado o reinado (13).

(13) Gachard, *Retraite*, op., II, publica mucha correspondencia de la familia real revelando sus presunciones —los grandes debían cederles sus palacios cuando se lo mandaran, acompañarlas en sus viajes a través de Castilla— así como sus consecuentes desengaños.

Su sobrina, buena patrona de palacio, había evacuado su propio apartamiento y el del pequeño Príncipe Don Carlos para recibirlas con la distinción apropiada en el Palacio Real de Valladolid, pero hábilmente había prevenido que la Reina María tuviese una condición oficial como su consejera. María (cuyo marido, el Rey Luis de Hungría, había muerto en batalla treinta años atrás), no deseaba otra cosa que seguir ejerciendo autoridad. Mujer enérgica y permanentemente activa, había sido por muchos años Regente de los Países Bajos (14). Solamente su muerte en 1558 impidió a aquella distinguida mujer volver a su puesto cuando Felipe II decidió que todavía la podría usar allí.

Leonor, viuda de dos reyes —Manuel I de Portugal y Francisco I de Francia—, ahora inseparable compañera de su hermana, moriría en el siguiente año, antes aún de la Reina de Hungría. Pero a la sazón que nos ocupa, cuando Ruy Gómez llegaba a aquella Corte, las dos viejas Reinas estaban en óptima salud, entremetiéndose con vigor y energía en las actividades de todos los demás.

El centro del interés de la Corte era Doña Ana, entonces en sus diecisiete años, conocida como «Condesa de Mérito», y su madre, Doña Catalina de Silva, Duquesa de Francavila. Cada una de estas señoras, desde las Reinas hasta la Condesa, tenían compañía de numerosas damas de honor; y naturalmente había también algunos hombres que más adelante serían los corresponsales de Ruy Gómez. A pesar de ocupar altas posiciones, los ministros actuaban como súbditos deferentes, no sólo ante la Princesa Regente, sino ante Doña Ana y sus padres. Gutierre López de Padilla, Contador mayor de la Corona de España, y Hernando de Ochoa, su asistente en la Contaduría Real, dan la impresión casi de oficiales al servicio de aquella familia.

Como uno de los mencionados corresponsales citaremos a Juan de Escobedo, entonces secretario de la familia de Ana. Veinte años más tarde, como secretario de Don Juan de Austria, Escobedo caería víctima de la famosa intriga tramada por Antonio Pérez —caso tras del cual comenzarían las futuras desgracias de Doña Ana—. Ya de sus cartas de entonces puede verse que este hombre de confianza de Ana y de su madre sabía demasiado y hablaba indiscretamente sobre sus amos. Y se verá también que Doña Ana, la más joven de aquel

(14) Nombre que incluye las 17 provincias entonces unidas, usualmente llamadas «Flandes.» véase José M. March, *Niñez y Juventud de Felipe II*. I, II. Madrid, 1942.

círculo de Soberanas y altos funcionarios reales, emergía indirectamente como personaje de mayor influencia.

Las cartas de todos ellos, aparte de dar la información correcta del casamiento efectivo Silva-Mendoza, revelan circunstancias antecedentes de Ana igualmente desconocidas hasta ahora. En ninguna otra parte se menciona por ejemplo que la vida conyugal de sus padres fue infelicitísima, hecho sumamente propicio para explicar la formación del carácter de Ana, más tarde tan desagradable. No se había sabido que su infancia fuera poco dichosa. Sus biógrafos creían de ella que se había criado pacíficamente en casa de sus abuelos maternos. Pero debieran haber observado que el Conde de Cifuentes, padre de Doña Catalina, era ya viudo cuando nació Ana, viviendo en la Corte como gobernador de las Infantas Doña María y Doña Juana. Este abuelo falleció cuando Ana tenía cinco años (15), por lo que a Ana la crió su madre, y ahora veremos que esta mujer fue de carácter malicioso, pendenciero, y algo embustera también. La casa de los Duques de Francavila fue, efectivamente, un infierno de odio, persecución, calumnias y hasta penuria financiera. Los psicólogos comprenderían por esta revelación de la infancia y juventud de Ana las razones de su carácter despótico cuando enviudó. Profundo factor de su misteriosa personalidad debe ser, por ejemplo, el hecho de que su padre no la quería (como se verá) ya de pequeña, y que ella misma, llena de ambiguo amor y odio por este padre, le mostró bien temprano su desprecio.

EL PADRE DE ANA, PRIMER DUQUE DE FRANCAVILA

Infelizmente para todos a quienes afectaba, el Duque de Francavila había vuelto a Valladolid antes de la llegada de Ruy Gómez y se pavoneaba como gallo entre toda aquella tertulia de regias gallinas. En las historias generales, Francavila queda algo en la sombra, y con razón. Parece que heredó muy poco de la grandeza de espíritu y co-razón de su abuelo el Cardenal, salvo el ojo alegre para la belleza femenina. Francavila, como otros descendientes de célebres asuntos de amor (aunque en la tercera generación), probablemente era de

(15) Véase José M. March, *Niñez y Juventud de Felipe II*. I, II. Madrid, 1942.

buena presencia, pero su inteligencia (si juzgamos por sus acciones y sus cartas) era muy inferior a la de su mujer. Precisamente en aquella coyuntura, el Duque fue echado de su puesto de Virrey de Aragón donde el pueblo iracundo le había asediado en su castillo de Zaragoza: él había ofendido a los aragoneses cuando ajustició a uno de ellos en prisión, sin tener en cuenta la ley de Aragón (16). Parece, pues, que fue violento, inconsiderado, incapaz de prudencia ni de reflexión. Sin embargo, generalmente se ha ocultado la poca calidad del Duque porque no se sabía (salvo algunos comentarios de los perspicaces embajadores venecianos que a veces no se consultan) que las altas posiciones que todavía iba a ocupar después de su fracaso como Virrey de Aragón, eran sinecuras inmerecidas. Por ejemplo, Ruy Gómez le introdujo en la presidencia del Consejo de Italia, creado en 1559, porque Ana le rogó que pusiese a su padre y a su madre lo más lejos posible. Y en 1564, volvió a poner nueva distancia entre Ana y sus padres, obteniendo para su suegro el Virreinato de Cataluña.

Vuelto a Valladolid en 1557, el Duque se consoló de su fracaso político enamorándose escandalosamente, bajo los ojos de su mujer, de una de las damas de las viejas Reinas, Doña Marina de Porras. Cuando llegó Ruy Gómez, alarmado por la situación en casa de sus suegros, trató de reconciliar al Duque con la Duquesa. Ambos le censurarían luego por este esfuerzo. El Duque se quejaría de que, de repente, su mujer dijera que «había dieciocho años que estaba martirizada», cuando nada era nuevo porque él nunca le había guardado fidelidad. Y echaba la culpa a su yerno (17).

Si el Duque estimaba que su mujer no le hubiera acusado sin inducción de éste, su criado Escobedo dice otra cosa. Según él, el Duque y la Duquesa siempre querellaban: «después que estaba en esta casa, tanto en Aragón, en Alcalá como aquí, nunca su negocio, en mesa y fuera de ella, era tratar de otra cosa que morderse y decirse lástimas, y por el mismo caso entendía que siempre estaban desconformes, que el mejor remedio era apartarse...» (18).

Sin embargo, no se equivocaba el Duque al decir que «...no hubieran llegado estas cosas a los términos en que ahora están si no

(16) Luis Cabrera de Córdoba, *Historia de Felipe segundo, Rey de España*. Madrid, 1877. I, pág. 44.

(17) El Duque de Francavilla a Ruy Gómez 17 de diciembre, 1557. *Codoin*. t: 97. pág. 303.

(18) Juan de Escobedo a Ruy Gómez. 26 de Setiembre, 1557. *Ibid.*, 293.

fuera por vuestra merced...» (19). Pues con la presencia del yerno en su casa, la situación adquirió nuevas dimensiones. Ruy Gómez, espantado de que Ana tuviese que vivir en ambiente tan penoso, advirtió a su suegra de las posibles repercusiones de tal escándalo. Su posición de buen componedor era ciertamente muy delicada: como hijo debía respeto a los padres de su mujer; pero probablemente era de la misma edad que ellos, y aún quizá más viejo. Además, era pobre, hechura de su suegro, quien le había dado el título de conde y sus estados (aunque estos eran nominales entonces, ya que las rentas de los estados de Mérito, en el reino de Nápoles se hallaban afectadas por la guerra del Rey de España con el Papa). No obstante, como favorito del Rey, era poderoso. Con suma modestia Ruy Gómez (que tenía los máximos talentos de diplomacia del siglo XVI, según testimonios de los embajadores de varias naciones que alaban sus maneras conciliadoras) amenaza a sus suegros con su influencia sobre el Rey, pero no se enfrenta al Duque, tan altivo e irascible, sino a la Duquesa.

«...Dicen malas lenguas —escribe el padre de Ana a su yerno—, que dijo v.md. á la Duquesa... que pluguiera á Dios que yo no hubiera estado en Valladolid aquellos días que estuve allí, porque perdí mucha autoridad en cierta cosa que allí traté, la cual yo no niego; lo que en esto hubo de malo fue, si me dixo verdad la Duquesa, habérsela vuestra merced dicho, y desde ahí adelante empezó a tratar estas materias de celos con tan gran rigor, que ahora en mi presencia, ahora en mi ausencia, hacía y decía cosas que la pudieran atar... y decía: 'Yo no hago esto porque soy celosa sino porque me ha dicho el Conde que perdéis mucha autoridad en estas cosas...' ...Enamoréme, según dicen —continúa el Duque—, y no sé cómo se pudo entender, tratando yo los amores tan secretamente como v.md. vió; la Duquesa tornó allí a decirme á mi y a otros que le pesaba por mi autoridad, porque v.md. le había dicho muchas veces que yo la perdía, y que me hacían gran daño con el Rey estos tratos; añadió más, que v.md. buscaba estos achaques para estorbar que el Rey se sirviese de mi, lo uno por apartarse de nosotros, pareciéndole que ya no podía yo hacer más por v.md...».

Pero lo que más enfadó al Duque fue que Ruy Gómez tratara de mediar entre él y su mujer: «...Yo no hallo desculpa que pueda dar

(19) *Ibid.*, pág. 303.

á v.md. sino su buena intención, que ésta no la condenaré yo, y es haber tratado v.md. en Valladolid entre mí y la Duquesa como entre dos caballeros iguales que hubieran reñido, y entre marido y mujer es imposible que pueda haber igualdad, porque esto ni lo permiten las leyes divinas ni las humanas... Digo que yo daría siempre á entender á la mujer que es imposible poder salir con ninguna cosa que quiera, contra la voluntad de su marido...» (20).

En su indignación, el Duque quiso separar a su hija —quien apoyaba a la Duquesa— de la influencia materna. Determinado a irse a Pastrana, sede de su casa, deseó enviar a su mujer a otra parte y la mandó que dejase la Corte y fuese a Segovia. Pero la Duquesa rehusó, alegando que no dejaría a Ana durante su embarazo. Entonces, como Escobedo escribe a Ruy Gómez, todos intercedieron por la Duquesa —las Reinas, la Princesa, el Presidente, el Contador mayor y el Contador menor y todos los demás señores y señoras de la Corte—, rogando al Duque que la dejase permanecer allí, a la Duquesa, «visto el peligro que se podía seguir por cualquiera enojo que se recibiese en el preñado de mi señora la Condesa, Su Señoría no quiso que ninguno de los dichos le agradeciese nada en este negocio, sino de su propia voluntad vino a decir á S. A. que él quería quedarse, y procedió esto de que Gutierre López le dixo claramente que mi señora la Duquesa estaba determinada á no salir de aquí; así estuvo sosegado, aunque confuso de ver que no era obedecido, hasta la partida de las Reinas. Un día después, en acabando de comer, pidió caballos, y despidiéndose de mi señora la Duquesa, que estaba con mi señora la Condesa abaxo en la pieza donde oía V.S. los negociantes, se partió para Pastrana; á mi señora la Condesa, aunque le pidió las manos, las rodillas hasta el suelo, no quiso dárselas ni hablarla...» (21).

De tal manera, el padre de Ana cabalgó hasta Pastrana, llevando consigo a su amante y la madre de ésta (Doña María de Guzmán), y también la mayor parte del personal de la mansión señorial que en Valladolid había alquilado. Abandonó pues abiertamente a su mujer, deshaciendo su casa y dejando a su esposa e hija solamente «hasta cincuenta y cuatro personas entre todas», continúa Escobedo, «y once caballos y mulas y nueve acémilas; entra en éstas la hacanea que V.S. había enviado... Gástase cada día de ordinario... veinte ducados...»; pero como el Duque prohibió a los Contadores pagarle sus

(20) *Ibid.*, pág. 304.

(21) *Ibid.*, pág. 293.

rentas, la Duquesa fue forzada a tomar prestados «de un mercader hasta cincuenta mil maravedises...».

Un mes después, las mujeres a quienes el Duque había despojado hasta de sus cocineros, están en crítica situación: «La orden que ahora hay de vivir es morir, porque mi señora la Duquesa no tiene qué gastar ni se le enviará, ni quiere que mi señora la Condesa lo haga... Sé decir que quiere extremar tanto el gastar poco en su mesa y fuera de ella que no faltará murmurar en la Corte de lo uno y de lo otro, porque cuanto a lo primero, hace su recámara despensa, y sus damas cocineras; [y hace todo esto y más] sin que haya bastado habérselo reprendido mi señora la Condesa y díchole yo como criado lo que se dice fuera, que es vituperio... [Pero, añade Escobedo]: mi señora la Duquesa tiene por costumbre de apretar demasiado á los que habla...» (22). (Protestando entonces de los bravos esfuerzos de su madre por economizar, Doña Ana, tan joven todavía, ya muestra su inclinación al lujo y el despilfarro, otro factor de sus futuras desgracias.)

El Duque culpó a Ana de todo lo que pasaba: «su mujer de v.md. ha acordado tomar tan de veras el perseguirme, como si yo fuera el mayor enemigo suyo del mundo, y así procuró con la Princesa que mandase á la Duquesa que no saliese de Valladolid habiendo yo determinado que había de salir, y la Duquesa adargábase con el mandato de que la Princesa hizo á suplicación de la Condesa... al cabo [la Duquesa] se vino á declarar... diciendo que ella no saldría de este lugar ni volvería a estar conmigo... en fin... yo le debo a la Condesa, así haberme descasado como haberme desautorizado...» (23).

Es verdad que Ana había intrigado con la Princesa Regente para que su madre fuera puesta en situación capaz de desafiar a su padre. Fue cosa fácil porque la joven reina viuda, enojada con el Duque, tomaba el partido de las mujeres, al contrario de los ministros de la Contaduría, quienes advirtieron a la madre de Ana de la necesidad de obedecer a su marido. Doña Juana era espontánea, generosa y apasionada (personalidad bien diferente de su enigmático hermano) como puede verse en su carta a Ruy Gómez, a quien escribió el 6 de noviembre de 1557 que, aunque tenía grandísimo contentamiento por el buen suceso que Dios dio a su hermano (la victoria de St. Quin-

(22) *Ibid.*, págs. 296, 297.

(23) *Ibid.*, págs. 291, 292.

tín), su mayor felicidad era que ya se hallaba sin las Reinas (24): «porque no he visto peor compañía de la que ellas me hicieron, y más ruín cosa que Doña Marina y su madre; antes que se fuesen hubo una revuelta del diablo porque acordaron las Reinas de decilles que vuestro suegro no había de ir con ellas ni inviar librea, ni comida, ni cosa ninguna, ni entrar en casa de Doña Marina porque pareció muy mal el trato que tenía con Doña Marina, y que ellas no lo habían de consentir; y ellas, las buenas mujeres, —continúa la Princesa—, dijeron al Duque que la Duquesa hacía todo aquéllo, y que la había luego de llevar de aquí y no entrar más en casa de las Reinas; al fin revolviéronle de manera que quiso luego llevar á la Duquesa. Y porque la Condesa me pidió que no lo consintiese, determiné de conservallas, y así se pasó como muchos os habrán escrito; y por eso no diré yo sino que solo por la Condesa quedó no querer apartarse de sus padres, que yo holgara mucho de que estuviera con mi casa pudiéndose hacer tan bien si ella quisiera, mas paréceme que hubo lástima de su madre y tuvo razón, porque es terrible vuestro suegro; y se pasaron cosas terribles con aquellas mujeres: doilas al diablo... él es ido y la Condesa se está con su madre, y es la más bonita cosa del mundo, porque tiene más seso que todos ellos.» (25).

Contrariado por la Princesa Regente, su Soberana, Francavila —hombre sin el menor tacto— mostró su enojo en contra de las viejas Reinas: «...yo salí con cólera a la de Hungría, dándole á entender cómo me había agraviado... y á la despedida besé la mano á la Princesa porque yo me iba á Pastrana, y á la Reina no, de que ella se sintió [la Reina María sin duda estaría sentada al lado de la Princesa]. Yo no tengo por qué besar la mano ni reconocer superioridad á ningún Rey sino al mío y á su hijo heredero...» (26).

Llegado a Pastrana, el Duque trató de salvar lo que podía de su autoridad, expidiendo una orden, **post factum**, para su mujer: ¡que se quedase donde estaba! Al mismo tiempo recurrió a su yerno, rogándole que por su parte mandara a su suegra dejar la Corte. Pero la réplica de Ruy Gómez desde Bruselas no se podía esperar antes de seis a ocho semanas, por lo cual el Duque, después de algunos días, envió una nueva orden. Ya no intentaba con ella separar a la hija de

(24) Las Reinas, llegadas a Valladolid en Octubre 1556, habían pasado un año con la Princesa. *Gachard. Retraite*. II, págs. 102, 103.

(25) *Codoín*, t. 97, págs. 299, 300.

(26) *Ibid.*, pág. 291.

la madre, pero mandó a ambas que juntas se fuesen a Segovia, y otra vez ellas osaron desafiarle: Ruy Gómez, entretanto, les había sugerido que se marchasen juntas hacia algunos lugares (sin mencionar Segovia) que el Duque aprobaría. Súbitamente —antes de que llegase un nuevo correo de Ruy, que quizá estuviese de acuerdo con otro del Duque— las mujeres eligieron una tercera manera de salir, aun a sabiendas de que desagradaría al Duque de Francavila y fue que se trasladaron al castillo de Simancas, con lo que dieron aviso al mundo que estaban en plena lucha con su marido y padre, respectivamente. Simancas, el castillo austero cerca de Valladolid, era entonces hacienda real, una fortaleza con guarnición militar. Con permiso de la Regente, la guardia regia protegería a las dos mujeres de cualquier intrusión, coerción o abducción que el Duque y sus vasallos intentarían —según ellas temían—.

Desde allí, la Condesa Ana escribe a su marido:

«Señor: Yo he llegado tan buena á Simancas que me ha parecido enviar é Escobedo para que, como testigo de vista, lo diga y dé razón del por qué fué la venida aquí más que a otra parte; Dios lo sabe si quisiera yo que fuera alguna de las que v.md. manda, mas como el Duque quiera andar siempre buscando todos los modos para no concertarse con su mujer, nos parece que hasta esto llega mi ruindad, pues no poder hacer lo que v.md. me manda sin zozobra de otras cien mil cosas, que por ser Escobedo el mensajero, no será menester decir las que ahora hay de nuevo, mas de parecerme que sería bien tomar con el Duque nuevo camino, como es no escribille tan manso sino metiéndole más en la razón, pues en esto no se pierde nada, teniendo yo entendido lo poco que aprovechan todos los caminos que hicieren por esta vía de no dalle a entender cuánto se desautoriza en todo esto que trata, y hay ahora muy buena coyuntura por él no haber querido aceptar lo que vuestra merced me enviaba á mandar.

A lo menos huélgome mucho que no podrá decir que me huelgo de quedar en la Corte, que si cuando él partió de aquí **podiera yo hacer de mi todo lo que quisiera** [itálicas añadidas] por sólo entender que daba este entendimiento, ésta mi quedada no la viera aunque pensara reventar, y con esto acabo. De Simancas, hasta que v.md. quiera que sea de otra parte, fecha á 8 de Enero. Besa la mano de v.md., la Condesa» ((27).

(27) *Ibid.*, págs. 306, 307.

Aparte de su hábil excusa frente a su marido por haberse metido en Simancas, y su atrevida sugestión a aquél de no tratar al suegro con su usual cortesía y gentileza —indicios de que Ana sabía manejar a Ruy Gómez—, otras dos calidades suyas aparecen ya aquí: el «pudiera yo hacer de mí todo lo que quisiera» revela su deseo (latente en muchas, pero que ella siente y expresa) de rebelarse contra su condición de mujer, siempre bajo el dominio del hombre, sea el padre, sea el marido; el «aunque pensara reventar» ilustra sobre su lenguaje vulgar, costumbre bien conocida en ella años después, pero que ya le censura su padre en carta a Ruy Gómez de 17 de Diciembre de 1557 por habitualmente «echarse pullas con jurados» (28).

En instrucciones escritas para Escobedo sobre lo que debía decir a su marido oralmente, Ana da más detalles: como su padre continuaba actuando desvergonzadamente hasta «que las Reinas de su propio oficio, visto lo que pasaba, ordenaron á Doña Marina de Porras que no entrase el Duque en su cuarto á horas ilícitas. De aquí quedaron ella y su hija tan desabridas que determinaron, para vengarse, dar á la Princesa la multitud de servidores que habréis oído, con tanta disolución como si trataran de sí mismas...» Ella explica por qué prefiere Simancas en vez de ir a un territorio señorial sugerido por su marido antes de marcharse de Valladolid: «que aunque yo estaba inclinada á Mojados, por haber parecido bien al Conde mi señor, antes de la partida halló inconveniente en ser de señor; y también se ha entendido que el Duque mi señor anda por hacer tiro á mi madre, y para estar seguras desto, el mejor remedio ha sido escoger una fortaleza por cárcel...».

Y para culminación, su padre la amenaza que la declararía bastarda. «Y porque á este propósito podrían haber escrito al Conde mi señor que puede dañarnos en la hacienda ó salir con su intento de que yo sea bastarda, decidle que es todo engaño; á lo menos no fundándose la bastardía en más que haber faltado licencia del Maestro, es mal de veinte ducados de pena como su md. tendrá mejor entendido; cuanto más que esto es burla, pues, dotando el mismo Rey á mi madre, se sigue que le dá licencia para casarse.» (29).

En lo siguiente Ana aconseja a su marido que se llame a su padre a la Corte del Rey Felipe para removerle de su vecindad. Su consejo

(28) *Ibid.*, pág. 305.

(29) *Ibid.*, págs. 307-313.

fue aceptado en seguida. Siempre podía usarse un Duque, pese a que fuera hombre disoluto y liviano, en cualquier oficio como jefe nominal. Gestionado por Ruy Gómez, Francavila recibió la orden de dirigirse a los Países Bajos el mismo año, para servir por el momento como consejero de Felipe II. El embajador de Venecia astutamente le evaluó de «ser nuevo, y no teniendo cosa alguna a su crédito salvo ser el suegro del Signor Ruy Gomez.» (30).

LA MADRE DE ANA. «VOS SOIS PRISION VERDADERA...»

La mujer que, casi sin precedente, desafió la autoridad de su marido no mostró malevolencia hacia ningún hombre, salvo los ministros de la Contaduría Real, Ochoa, el «menor», y Gutierre López de Padilla, el «mayor» de los Contadores, ambos apoyando a su marido y privando a ella de dinero. (En una cifra de su propia invención, ella se refirió a Padilla, hombre de ancha barriga, como «ful» [queriendo decir, sin duda, «fool» - loco], exclamando «que le metan la lanza hasta el regaton» (31). En sus cartas «de esta prisión [Simancas]» a Ruy Gómez (32), la Duquesa acusa a los Contadores de que la forzaron a partir de Valladolid.

«Decíanme que dexase á la Condesa y que vendría el Duque y todo se apaciguaría, yo lo creo, que, como no tienen fundamento sus enojos, así se derruecan con poca pólvora, más tener el Duque tan poca cuenta con su autoridad y tanto descuido en la que a su hija tocase, que no he osado hacer ésto sin licencia de v.md., porque, a ser mi hija sola, ya se aventurara; demás desto, la Condesa no ha querido quedar aquí, y para esto da buenas razones: quanto á lo primero, le parece cosa recia que á mí me obliguen a obedecer los papeles que a ellos les envió el Duque y que ella no obedezca las cartas que v.md. le escribió, en que v.md. nos dice que nos vamos entrambas: [De tal manera, como acaeció que las dos autoridades masculinas se contradecían, sus mujeres aprovecharon la rara oportunidad de actuar

(30) Michele Suriano, en *Le Relazioni degli ambasciatori al Senato durante il secolo XVI*. ed. Eugenio Alberi. Serie I, t. 2 pág. 380.

(31) *Codoín*. t. 97. pág. 331.

(32) *Ibid.*, 315-317.

según su propia voluntad] lo otro, dice la Condesa que trata muy mal el Duque de haberme quedado yo en la Corte, siendo ya de tantos años casada, y halla á vuestra merced que le dió oídos en esta parte... A mí persuádenme más las razones de la Condesa que las sinrazones de su padre..., el lugar se tomó porque es de creer que el Duque vendrá a Valladolid en sabiendo que nosotras estamos fuera, y estando tan cerca podríamos hacer alguna burla, que aunque no fuese más la podríamos sentir de verdad, y por esto he holgado más de quedar en Simancas, donde puedo yo decir también como mi abuelo:

La que tengo no es prisión;
vos sois prisión verdadera,
porque ésta tiene de fuera...» (33).

Y ahora la suegra avisa a su yerno cómo podía dominar a su suegro porque, por decir la verdad, «el Duque mi señor, que si quiere le tendrá debaxo de los pies, y esto no con más trabajo de mostralle un poco de sentimiento cuando le vé que va fuera de razón, que él es el hombre que más mira si le dan favor en lo poco para tomallo; en esto, cierto, digo sin pasión, aunque la podría tener, pues v.md. con mi autoridad y honra ha querido tapar los disparates que el Duque ha hecho y dicho; mas esto, como cosa mía, yo lo dexo á Dios, que me vengará muy bien, y torno á lo sustancial, que es el poder v.md. domeñar al Duque, que es muy necesario para no verse v.md. metido en cosas que no pueden tener remedio.»

«...Es bien que v.md. no se dé tanta priesa á concordarnos», ella aconseja en lo siguiente, «porque no va en eso nada...».

Mientras tanto, habiendo desafiado a todos los demás y actuado según su propia voluntad, Ana y su madre se hallaban en la lúgubre fortaleza de Simancas, lugar espantoso entonces, aptamente elegido por los reyes para ajusticiamientos secretos. Aunque las protegiera el alcaide, ellas todavía temían alguna acción del Duque en contra de sus personas.

Algunos cortesanos, las «malas lenguas», entremetiéndose, las informaron de que no disminuía la ira de Francavila en contra de ellas. Él las acusó de ser pródigas, buscando entretenimientos, invitando compañía, y saliendo al campo. En realidad, las dos mujeres no permitieron a nadie visitarlas, rehusaron todas las invitaciones,

(33) Estos conocidos versos pertenecer, en efecto, a D. Juan de Silva, tercer Conde Cifuentes, bisabuelo materno de la Duquesa.

inclusive las excursiones a que la Princesa las convidaba. Como Hernando Ochoa, el «menor» Contador, informó al enojado Duque: su mujer e hija renunciaron hasta la adquisición de nuevos tocados y vestidos (34).

En vez de buscar distracciones, Ana estuvo enferma o se creyó tal, espantada de su primera preñez. En aquellos tiempos era enorme el porcentaje de muerte maternal; las mujeres sobrevivientes del parto se consideraban «escapadas» (35); el terrible peligro se puede bien demostrar, por ejemplo, en la estadística de la familia de Felipe II. La madre del Rey, tres de sus cuatro mujeres, y una de sus dos hijas murieron de parto o de malparir; la mujer e hija que murieron de otra causa nunca habían concebido. En el «bendito estado» tan precario, las primíparas usualmente fueron tratadas tiernamente, con mucho cuidado, hasta por aquellos ordinariamente poco delicados, pero Ana debía sufrirlo perseguida por su padre, mal confortada por su humillada madre, lejos de su marido a quien no volvería a ver hasta dentro de años o quizá nunca. Ella se metió en cama, quejándose de dolores, bien en el estómago, bien en el pecho, pese a hallarse todavía a tres meses de la fecha del parto.

«...Es melancolía en la tristeza que trae», la Duquesa escribe a su yerno después de estar algunas semanas en Simancas, «y para remedio desto vienen las cartas de su padre y de Hernando de Ochoa... Si v.m.d. hubiera estado algo cerca, hubiérame yo quejado y diérase orden á que diciéndome antes á mi estos negocios, yo los dorase de manera que siquiera á la vista no espantasen á la Condesa...» (36).

Es decir, que aunque el padre no hablaba con Ana, mandaba el correo de negocios y privado desde Pastrana directamente a la hija, depreciando a la Duquesa, evitando que ella censurase los mensajes y arreglase las cosas según su propia voluntad. Parece ser que había razón para sospechar de la Duquesa como sutil e intrigante, pues en una carta a Escobedo, ella dice: «A la Condesa no digo que va correo, porque, como no tiene disposición para escribir luego al Conde, no es el mal de manera que le debe dar pena, pues si ella fuera de más

(34) *Codoin.*, t. 97. 319, 320.

(35) El Conde de Tendilla II al Marqués D. Rodrigo, 17 de Marzo, 1509, en *Correspondencia del Conde de Tendilla*, I. ed. Emilio Meneses García. «Archivo Documental Español», t. XXXI. Madrid, 1972. «Sea Dios loado que escapo a la señora marquesa...», pág. 530; «Yo, señor, acordándome que era escapada mi muger...», pág. 531.

(36) *Codoin.*, t. 97. págs. 324, 325.

edad contentárase con escribir dos renglones, mas pudriérase infinito, y no es otro el inconveniente...» (37).

Otra vez la Duquesa le dice a Escobedo que Ana no escribe ahora porque alguien le informó de que el Conde iba a España, y ella, la Duquesa, la deja creer esta falsedad, sabiendo muy bien «que el Conde que venía era el de Feria, mas á ella no he osado desengañar porque está con esto la más contenta del mundo» (38).

Obviamente, Ana tenía un temperamento fogoso temido por su madre, la cual, a su vez, era persona dominante de quien la hija no se podía fiar. Esto tendría infelices consecuencias en el futuro cuando la hija dejase de hablar a su padre y a su madre. (Cerca de veinte años después, Doña Catalina murió en profundo dolor sobre tal enajenamiento.)

En otra carta a Escobedo, la Duquesa la insta a hacer saber enteramente la situación a Ruy Gómez. Quiere que el yerno se ponga de su lado en contra de su marido, quejándose de que aquél estaba en buenas relaciones con el Duque. «...viendo que el Conde entiende todo esto, y que éste es tan favorable con él, que no sólo le pierde la hacienda más le desautoriza, y tan contrario conmigo que con hacienda y ayuda le sirvo á su mujer; y si esto piensa que es interés está muy engañado, que yo no tengo de qué, ni por qué, ni para quién, pues yo oficio del Rey no le puedo pretender, pues beneficio no tengo hijos para quien querello, y demás desto ya que pudiera ser, soy tan desinteresada que algún día me hallarán sin pluma por dalla á quien pienso que la merece: decidle al Conde que no viva engañado conmigo, como veo que lo está, plega a Dios que no se desengañe... que el Conde me trate como yo merezco...» (39).

La madre de Ana tenía plena conciencia de la gran diferencia de su situación: su marido, a pesar de los disturbios que había causado, iba a ser recompensado con un nuevo y alto oficio; a ella, mujer, aunque injuriada, nadie le daría nada.

(37) *Ibid.*, págs. 328-330.

(38) *Ibid.*, pág. 329.

(39) *Ibid.*, págs. 330, 331.

LOS AÑOS MATRIMONIALES

En Abril de 1558, todavía en Simancas, Doña Ana dio a luz a su primer hijo, Don Diego de Silva y Mendoza (40). No vería a su esposo hasta dieciséis meses más tarde, en Agosto de 1559, tras una separación de más de dos años desde su corta luna de miel, tan disturbada. De aquí en adelante, ella viviría con él catorce años, hasta la muerte de Ruy Gómez en Julio de 1573. Es éste el período en que todo lo que le acaecía a la pareja iba a ser interpretado erróneamente por los historiadores. La mayoría de ellos simplemente entendieron los hechos al revés, especialmente cuando atribuyeron la alta posición de Ruy Gómez junto al Rey al supuesto interés adúltero de Don Felipe por Ana (41).

En realidad, desde la vuelta de Ruy Gómez a Flandes a fines del verano de 1557, su estrella continua alzándose. Junto con el Obispo de Arrás (el futuro Cardenal Granvela), el Conde de Mélito negoció la paz con Francia, concluída en Cateau-Cambrésis en Abril de 1559, dando a Felipe II la base de su hegemonía sobre Europa y también una nueva prometida, la joven Princesa de Francia. En reconocimiento de tan gran servicio, el Rey elevó al Conde a Príncipe de Éboli, en Julio de 1559 (42). Inmediatamente después, el nuevo Príncipe tuvo que hacer un viaje de emergencia a París, llevando consigo al doctor Andreas Vesalius en la espera de salvar la vida del Rey francés, el nuevo suegro de Don Felipe, herido fatalmente en un torneo. Pero al llegar Ruy a París, el 11 de Julio, Enrique II había fallecido y Francisco II estaba ya en el trono. Durante varias audiencias, Ruy Gómez ofreció el pésame de su amo y el suyo a la Reina viuda, Catalina de Médicis, a quien agradó inmediatamente (43). Ella iba a considerar-

(40) *Ibid.*, pág. 356, nota 1.

(41) Por ejemplo, el erudito editor de la correspondencia del cardenal Granvela, Charles Weiss, dice que la influencia de Ruy Gómez sobre el Rey se debe exclusivamente a «cette dame, Anne de Mendoza et de la Cerda». *Papiers d'état du Cardinal de Granvelle*, t. VIII. Paris, 1841-1852 pág. 323. Las mejores fuentes antiguas de la leyenda son: **PIERRE DE BOURDEILLE, SEIGNEUR DE BRANTÔME, Oeuvres complètes**, t. II. Paris, ed. 1866. págs. 136, 137; y GREGORIO LETI. *Vida del católico re Felipe II*. Colonia, 1679.

(42) *Historia genealógica*, op. cit. II. pág. 567.

(43) Sobre la estancia de Ruy Gómez en París véase **L. PARIS, Négociations, Lettres et Pièces diverses relatives au règne de François II**, tirées du portefeuille de Sébastien de l'Aubespine, Obispo de Limoges. Paris, 1841. También: **P. LUIS FERNANDEZ Y FERNANDEZ DE RETANA**, *España en tiempo de Felipe II*, t. I. Madrid: Espasa-Calpe, ed. de 1966. págs. 494, 497, 508.

le su mejor aliado en su ansia de preservar la paz, siempre precaria, entre España y Francia.

Desde París, finalmente, Ruy Gómez volvió a España por la posta, la más rápida ruta por tierra, adelantándose a Felipe II, que se retrasó en la costa del Atlántico por vientos contrarios, llegando por mar a España el 8 de Septiembre (44). Después de reunirse Don Felipe y Ruy Gómez, éste encontró ocasión de presentar a su amo a su mujer y a su hijo. (El Rey no había visto a Doña Ana desde que actuó de padrino en sus esponsales, seis o siete años antes.) Esta situación no parece pues propicia para un enamoramiento regio. Pero como no se conocía la verdad —no sólo se ignoraba el episodio de 1557, sino que tampoco se sabía que en 1559 Ruy Gómez había vuelto a España antes que el Rey— es a partir de aquí cuando nacieron las leyendas. Se creía que Ana en este momento, a los diecinueve años, atractiva, posiblemente encantadora, todavía era virgen y, por supuesto, apta para un Rey. Felipe II, recién casado por poderes con su tercera mujer, estaba sólo aún (Isabel de Valois, «Isabel de la Paz», la nueva Reina, no llegaría a España hasta cerca de cuatro meses después). Sin esforzar la imaginación era posible pensar —y así se pensaba— que Ruy Gómez, siempre sometido a su amo con abnegación, pudo ceder su joven esposa, intacta, a su Rey antes de unirse él mismo con ella. Se razonaba que este hombre mundano, de 42 ó 43 años de edad, casi totalmente extraño a Doña Ana, no se cuidaba de ella y no la había visto desde la ceremonia de su casamiento de conveniencia en 1553 en Alcalá. Pero ahora, conociendo la verdad, debemos recordar que Felipe II, en su conducta personal, siempre fue un caballero virtuoso. Aquel Soberano escrupuloso que nada hizo sin consultar a su confesor, ¿cómo iba a introducirse en el matrimonio de su amigo, unión consumada hacía años y nuevamente reanudada?

Quizá se dirá que esta relación de los hechos no es prueba suficiente para mi tesis. ¿Acaso Doña Ana, hija de tal padre, fue tan coqueta y licenciosa, como para atraer a Don Felipe aun en contra de su propia voluntad? Concederíamos esta posibilidad si no tuviésemos una verdadera prueba, como veremos en lo que sigue, de que ella amaba a su esposo celosa y positivamente, actitud no usual en una mujer liviana. Y señalemos además la estimación que por ella sentía la Princesa Doña Juana, imposible hacia una mujer de comportamiento poco honrado.

(44) J. G. SEPULVEDA, *De rebus gestis Philipi II.* lib. II, cap. XVII.

En todo caso, resulta irónico suponer, como hacen algunos de los más serios historiadores, que el Rey favorecía a Ruy Gómez por ser amante de su mujer, y describir a Éboli como marido cornudo contribuyendo voluntariamente a su propia degradación para poder continuar sirviendo al Rey en alto oficio. Es un enorme malentendido. Durante la década de los 1560, años correspondientes a la época de la Reina Isabel de Valois, Ruy Gómez seguía ejerciendo su invariable influencia sobre Felipe II como lo había hecho durante toda la vida anterior del Rey. Hay muchos secretos en la vida de Don Felipe, pero éstos no incluyen su afecto, su afición a Ruy Gómez, que todo el mundo sabía. Fue tan famosa esta amistad que la nobleza española odiaba y envidiaba al portugués (salvo los Mendozas de quienes era abogado infatigable) por ser valido del Rey, mientras los diplomáticos extranjeros, despreciando a los castellanos por su aire de pretensión, le preferían a todos los demás consejeros del Rey.

A este respecto es iluminadora también la actitud de Catalina de Médicis: el considerar ella a Ruy Gómez como el más importante agente de las buenas relaciones entre España y Francia comprueba la estratégica posición de Éboli en el gobierno español. No se ha analizado antes, por ejemplo, la razón de la reacción de Catalina al oír un rumor (que resultó falso) de que Don Carlos, el Príncipe de España, iría a los Países Bajos, en lugar de su padre, acompañado de Ruy Gómez. Del todo alarmada, la Reina madre mandó al embajador Saint-Sulpice, en Madrid, a implorar a su hija que ejercitase su mejor influencia en su regio esposo para retener a Ruy Gómez a su lado, enviando en vez de éste al Duque de Alba con el Príncipe fuera del país. La vieja Reina no toleraba la idea de que posiblemente faltara la influencia moderadora de Ruy Gómez sobre Felipe II. Su astuta cautela se muestra en sus instrucciones de guardar todas estas manipulaciones secretísimas de forma que ninguna «soupçon», ninguna sospecha de su entrometimiento llegase al mismo Ruy Gómez. (45).

También para conocer el comportamiento de Ana como esposa podemos acudir a la actitud de Catalina de Médicis, revelada por los informes privadísimos que le enviaron sus embajadores desde España. La Reina madre de Francia les instó, por ejemplo, no solamente a cultivar la amistad con Ruy Gómez sobre todos los demás, sino a ayudar a la joven Reina a cultivarla también. Esta estrategia le pare-

(45) EDMOND CABIE, ed. *Ambassade en Espagne de Jean Ebrard, Seigneur de Saint-Sulpice, 1562-1565*. Albi, 1903. pág. 288.

ció bien a ella para mantener a Felipe II indirectamente bajo su propia influencia. Por consiguiente Saint-Sulpice, al salir de su puesto, instruía a su sucesor Fourquevaux en este particular aspecto de sus deberes, añadiendo la observación aclaradora (para nosotros) de que debiera lisonjear igualmente a la mujer de Ruy Gómez. ¡Ésta no debería sentirse celosa de que su marido tuviera frecuentes audiencias con la joven Reina! (46). No hay mejor indicio de la verdadera condición de la mente de Ana. Habiendo sufrido muchos años la separación de su marido, se había convertido en mujer tan celosamente posesiva de él que todo el mundo lo sabía.

Pero la historia, en vez de hacer hincapié en tales indicaciones de la verdadera posición de Ruy Gómez y de su esposa, da mucha importancia a otra acción de la Reina madre, interpretándola, desde luego, erróneamente. Se trata del hecho de que la suegra de Don Felipe, en el primer año de casada su hija, envió un anillo precioso a la Princesa de Éboli (47). Se miró ésto como señal segura de que la vieja Reina creía a Ana amante del Rey, dado que ella misma debía repartir los favores de su difunto marido Enrique II con la célebre Diana de Poitiers. No se tuvo en cuenta que Catalina de Médicis envió regalos semejantes a la Duquesa de Alba y a la Condesa de Ureña (48), otras damas españolas junto a su hija, ya viejas, y de cuya amabilidad dependía en cierto modo el bienestar de la joven Reina en su nuevo ambiente.

En todo caso, los contemporáneos sabían de la enorme influencia de Ruy Gómez en el gobierno español. En Viena, por ejemplo, en la Corte del Emperador Maximiliano y la Emperatriz María, cuñado y hermana de Don Felipe, se culpaba al Príncipe de Éboli de la irresolución del Rey en efectuar los desposorios de su hijo con la hija de aquéllos, la Archiduquesa Ana (49).

Pero nadie sabía mejor que Ana de Mendoza hasta qué grado «gobernaba» su marido a su regio amo, y cómo en su gentileza y sabiduría Ruy era en efecto la más poderosa personalidad de su tiempo.

(46) *Ibid.*, pág. 410.

(47) **PARIS, Négociations**, op. cit. Ana recibió de la Reina madre un anillo en 1560, págs. 782-785; y en 1562 un diamante «pour l'autre affaire», es. o es, por promover el casamiento de Margarita de Valois, hermana menor de la Reina Isabel, con Don Carlos. *Ibid.*, pág. 819.

(48) En Abril de 1562, Catalina de Medici envía una esmeralda a la Duquesa de Alba. *Ibid.*, pág. 367.

(49) Chantonay a Granveile, Viena, 6 de Octubre 1565, en **Papiers d'Etat**, op. cit. t. IX. págs. 568-570.

Por consiguiente, ella le respetaba y le estimaba. Además, él era bien parecido, moreno, de facciones correctas. Y como ella evitó el separarse de él otra vez (como se verá), obviamente lo amaba y le amó fuera de toda medida porque todo lo que ella hacía lo hacía apasionadamente. «Mi corta dicha y bentura» (25), llamaría ella años más tarde, desde el abismo de su desgracia, el período de su matrimonio. Realmente, si se consideran las circunstancias de su infeliz infancia y juventud, sus actuales años de casada fueron un corto episodio de seguridad emocional en el curso de una existencia permanentemente perturbada.

Doña Ana sabía también, y agradecía, que su marido no la culpaba por no ser la heredera rica que hubiera podido alcanzar. En sus propias palabras al Rey, mucho más tarde, dice: «...habiendo V.M. puesto su autoridad y favor en que se hiciese nuestro casamiento, pareciéndole que lo era y cosa que a mi marido le estaba bien, esté su casa en el estado que está, y le haya sucedido de manera que lo que ha ganado es no haber casado con heredera de muchas que le traían, y conmigo heredado muchos trabajos y pleitos y desabrimientos, y a mi padre por suegro, que es el que nunca trató sino en dárseles, y en entender y hacer quimeras, como acabarnos y destruirnos...» (51).

Lo que generalmente se sabe sobre la Princesa de Éboli durante aquella primera década del reinado filipino en España son las ficciones de la gran ópera «Don Carlos» de Verdi, el drama «Don Carlos» de Schiller, y una buena cantidad de novelas «históricas». Documentalmente, por contraste, hay muy poca mención de ella.

Quizá las circunstancias de Doña Ana en estos años están oscurecidas porque el Príncipe de Éboli cubría con velo discreto todas las riñas, las contiendas internas entre Ana y sus padres y entre el padre y la madre (aunque, en privado, él relatava todos estos disturbios al Rey). En 1564, Ruy Gómez procuró otra vez distanciar a sus suegros honorablemente de la vecindad de su mujer: gestionó el nombramiento del Duque de Francavila como Virrey de Cataluña, donde aquel personaje violento —como todos hubieran podido predecir— había aumentado el tradicional odio que los catalanes, anhelosos de su independencia, sentían por la monarquía española. (En 1571, el Duque fue de nuevo incorporado a la Corte en desgracia.) Lo poco que actual-

(50) **Codoin**, t. 56. Madrid, 1870. págs. 440-442:

(51) **MURO, Vida**, op. cit.; la carta parece que data de Julio, 1580.

mente se sabe de la Princesa de Éboli durante el reinado de Isabel de Valois es el hecho de que ocasionalmente visitaba a la joven Reina en palacio durante 1560-1564; además, durante 1564, como veremos, ella, su esposo y sus hijos se trasladaron al palacio regio.

Parte de la legendaria confusión tiene su origen en el paralelismo de las vidas matrimoniales del Rey y de Ruy Gómez durante aquel tiempo. Sin embargo, este paralelismo es solamente aparente. El Rey, la Reina, la Princesa Doña Juana y el Príncipe Don Carlos vivían en Palacio como inquilinos de pisos diferentes, bajo el mismo techo, cada uno con su propia administración y servidumbre, y cocinas separadas para cada uno. Salvo ocasiones rarísimas, todos comían a solas, en privado, o «en estado» (rodeados de su Corte, servidos de rodillas por sus propios caballeros o damas). Las personas regias se visitaban mutuamente sólo después de las comidas. Cuando el Rey estaba en su residencia, solía dirigirse después del almuerzo a las habitaciones de su mujer, como un vecino amigable que cumpliera su costumbre diaria de ir a verla. Para la probabilidad de sus visitas, la Reina se vestía uno de los fabulosos trajes de su ajuar, pero cuando él estaba ausente (frecuentemente Don Felipe se retiraba a una de sus residencias de campo sin ella, o antecediéndola, o a algún monasterio en días de santos u otras fiestas religiosas), ella no se incomodaba, permanecía en la cama o se vestía de negro. Después de la cena, la Reina visitaba a veces a su cuñada, la Princesa Doña Juana, en su apartamento al otro lado de la gran sala, o ella recibía a doña Juana en sus habitaciones. Por otra parte, Doña Isabel pasaba su tiempo en sus primeros años en España, —niña todavía no propiamente núbil— vistiendo a sus muñecas, jugando a las tabas u otros juegos infantiles con sus criadas francesas, bailando y cantando con ellas, y sobre todo en aquellos ocho años jugando a los naipes (52).

Por consiguiente, el Rey no estaba allí cuando Ana visitaba a la solitaria joven Reina para charlar o jugar a las cartas después de la cena. Parece ser que Ana, tan feliz en aquel tiempo, era una compañera estimulante; la Reina la quería bien, particularmente porque Doña Juana, que frecuentemente se reunía con ellas, le tenía simpatía desde la época en que se compadecía de sus desdichas. (Además, la ex-

[52] Sobre Isabel de Valois y su Corte véase AGUSTIN GONZALEZ de AMEZUA y MAYO, *Isabel de Valois, Reina de España* (1546-1568), 3 tomos. Madrid: Gráficas Ultra, 1949. El autor tomó gran parte de su información de HECTOR DE LA FERRIERE, *Deux années de mission à ST. Pétersburg*. París, 1887, que a pesar del título contiene muchos documentos referentes a aquella Reina. Las visitas de Doña Ana se mencionan en *Deux années*, pág. 20.

Regente, privada del poder desde la vuelta de su hermano, pertenecía al «partido» de Ruy Gómez, sosteniendo ambos mutuamente la posición del otro con el Rey. Doña Juana, para quien fue imposible hallar un segundo esposo adecuado —solamente un Rey hubiera sido aceptable— padecía más y más de melancolía; su grave enfermedad, probablemente cáncer, la diagnosticaron suspicaces embajadores como causada por la tristeza de su corazón.)

Aunque la Reina prefería la compañía de la Princesa de Éboli a la de otras damas españolas más serias y formales (intimó solamente con las francesas), no podía verla muy frecuentemente porque Doña Ana estaba siempre ocupada criando su familia. Durante 1560 tuvo un mal parto; presto quedó preñada otra vez, dando a luz su primera hija en julio de 1561. (La Reina Isabel, al visitar a Ana de recién parida, dio propina generosa, costumbre del tiempo, a la próspera comadre.) (53). Ruy Gómez desposó a esta hija con el Duque de Medinasidonia, el más rico heredero de la España meridional, el futuro «héroe» de la Armada Invencible, cuando la niña tenía cinco años, y el prometido, según Fourquevaux, cerca de diez. En noviembre de 1562 nació Don Rodrigo de Silva y Mendoza, futuro Duque de Pastrana. Pedro, un niño que no sobrevivió, vino al mundo en 1563. En este mismo año, Ana, al parecer, perdió a su primogénito Diego, quizá al mismo tiempo que hubo de sufrir una nueva separación de su esposo, el cual acompañó al Rey a las Cortes de Monzón y sus subsecuentes jornadas en Barcelona y Valencia, estando ausente de Madrid unos ocho o nueve meses. Después de su vuelta, pronto se halló preñada otra vez, pariendo en diciembre de 1564, un nuevo hijo llamado Diego, como el recién fallecido primogénito.

Entre tanto, la pobre Reina, siempre frágil y enfermiza, sufrió un malparto, seguido de una larga enfermedad, tan crítica, que se temió por su vida. Ana asistió a la regia enferma; en aquel tiempo su presencia en la Corte todavía era bienquista, pero poco a poco esta situación fue cambiando.

En el mismo año de 1564, el Rey nombró a Ruy Gómez gobernador de la Casa de su hijo. Al parecer todos los Grandes envidiaron esta prestigiosa posición, aunque sabían que la tarea era muy desagradable. Era ya evidente la locura del heredero de la Corona de España. Ahora el Príncipe de Éboli tuvo que moverse constantemente en pa-

(53) AMEZUA, op. cit., I. pág. 250.

lacio, y en contra de la costumbre (los Reyes preferían para personal domiciliado en palacio a viudos o gente no casada), llevó a su familia consigo. Doña Ana no toleraba ya ninguna otra separación. Ocupaban habitaciones debajo del apartamento de la Reina, contiguo al de Don Carlos. Era la primera vez, claro es, que Ana vivía bajo el mismo techo que el Rey. Pero contrariamente a las murmuraciones, no por eso se acercaba a Felipe II, aún si esa hubiera sido su intención. Ciertamente, no existía tal intención, ni la tenía Don Felipe, quien entonces mantenía regular vida matrimonial con su mujer, ya madura.

Ana continuaba prolífica, dando a luz en palacio otro hijo, Ruy Gómez, en 1565, y una hija en Septiembre de 1566. Este último nacimiento acaeció tres semanas después del parto de la Reina, cuyo primer infante, su hija Isabel Clara Eugenia, nació en agosto del mismo año.

A mediados de esta década, las tensiones políticas entre los castellanos llegarían a las habitaciones de la Reina, porque la Casa de Doña Isabel fue gobernada por la Duquesa de Alba cuando Ana y su marido, de la facción opuesta al Duque de Alba, vivían bajo el mismo techo palaciego. Como Ana tenía un temperamento muy susceptible, incapaz de controlarse a sí misma cuando se sentía contrariada (así aparece en las cartas a su madre en este tiempo que se encuentran en Simancas), ella debió sentirse muchas veces molesta por la constante presencia de la mujer de Alba. Doña María Enríquez, persona admirable, de máximo equilibrio y dignidad (54), no sería menos orgullosa y altiva, y toda la habilidad diplomática de Ruy Gómez no bastaría para pacificar las tempestades domésticas entre estas damas aristócratas de la Casa Real.

Esta situación iba a empeorar en 1567. El 31 de julio, doña Ana todavía jugaba a los naipes con la Reina. Pero menos de tres semanas después murió la niña menor de Ana, nacida en septiembre de 1566, y los Éboli, con sus cuatro hijos vivos, dejaron palacio de un día a otro, marchándose a una de las casas que Antonio Pérez les cedió en otra parte de Madrid. ¿Por qué este cambio súbito? No hay razón oficial de esta huida, ni se sabe la causa de la muerte de la hijita, ni tenemos ningún comentario de los monarcas o de personas

(54) Sobre la Duquesa de Alba, véase **A. MOREL-FATIO**, «La Duchesse d'Albe, Da. María Enríquez et Cathérine de Médicis», en *Bulletin Hispanique* VII, 1905. págs. 370-386.

de su Casa; sólo los hechos secamente narrados por el embajador Fourquevaux (55). ¿Quizá Ana achacase a las condiciones de palacio la pérdida de su criatura, la cuarta muerte acaecida en sus hijos? O, ¿caso interpretaría la Duquesa de Alba la desdicha personal de Ana como mal augurio para la Reina? La delicada Doña Isabel estaba esperando su segundo hijo y nada debía alterarla. ¿Quizá por eso persuadió o forzó la de Alba la salida de los Éboli? No lo sabemos. Pero sí nos damos cuenta de que en el verano de 1567 toda la Corte vivía en un estado de nerviosismo especial a causa de la intención, finalmente proclamada por el Rey, vacilante desde años, de su ida a los Países Bajos.

En la cuna de su padre y de su abuelo, compuesta de diecisiete provincias que reconocían a Don Felipe como su Soberano natural, el Protestantismo había hecho poco progreso mientras su tía, la Reina-Regente María de Hungría, las gobernaba, asistida frecuentemente por la presencia del Emperador, tomando ambos prontos y crueles medios en contra de los herejes. Tampoco avanzó la nueva religión durante los pocos años en que Don Felipe, residente en Bruselas, luchaba, y ganaba sus guerras con la ayuda de los mismos flamencos. Él había dejado aquel país bajo la regencia de su medio-hermana, Margarita de Austria, Duquesa de Parma, otra de aquellas mujeres tan altamente eficaces de la Casa de Habsburgo. Pero su autoridad fue más débil que la de su tía (más importante era ser viuda de un Rey que esposa de un pequeño príncipe italiano con ambiciones personales, Octavio Farnesio, Duque de Parma, que además era nieto de un Papa). Desgraciadamente se enfrentó ella con una situación de herejía y rebelión en constante aumento. Aunque su conducta y dignidad fueron generalmente respetadas, Margarita se encontró inhibida por las severas instrucciones de Don Felipe, en contraste con su tía, la cual muchas veces participaba, ella misma, con Carlos V en la formulación de medidas viables de gobierno.

Desde su regreso a España en 1559, Felipe II vivía lejos de las regiones agitadas, difiriendo su regreso a Flandes (que había prometido) de año en año hasta que nadie creyó el Rey iría allí jamás. Al crecer la dificultad de suprimir la propagación del Calvinismo, Mar-

(55) Fourquevaux a Catalina de Medici, 21 de Agosto, 1567: «Ruy Gomez et sa femme ne logent point au palaiz depuis y avoir perdu ladite fille...» En Abbé Douais, ed. *Dépêches* de M. de Fourquevaux, ambassadeur du Roi Charles IX en Espagne. Paris, 1896.1904. III. 48-51.

garita, los católicos flamencos y el mismo Papa (Pío V, luego San Pío) urgían a Don Felipe para que fuese a restaurar orden y religión con la fuerza de su presencia. Durante 1566, uno de los problemas cruciales de su reinado fue si él personalmente debería enfrentarse con su revolucionaria provincia. En el Consejo de Estado prevaleció la opinión del Duque de Alba sobre el partido pacifista del Príncipe de Éboli. En la primavera de 1567, Alba llevó un ejército a Flandes para «pacificar» el país antes de que Don Felipe hiciera acto de presencia, anunciada para ese mismo año lo más tarde. La Corte de Madrid y los puertos del Atlántico se conmocionaron con la preparación del viaje marítimo del Rey, que iría acompañado por la Reina y el Príncipe Don Carlos. En Santander, La Coruña y Laredo una armada fue abastecida al coste de 200.000 ducados, mientras que en palacio el equipaje del Rey y de los cortesanos quedaba listo para partir en cualquier momento (56).

Entre las innumerables relaciones de los embajadores, que tratan de los planes, predicciones y conjeturas de la inminente jornada, hallamos una mención de la Princesa de Éboli. Acompañando al Príncipe Don Carlos, escribe Fourquevaux a la Reina madre de Francia, «irá Ruy Gómez **et sa feme ne l'abandonnera point**». (Itálicas añadidas) (57). Se dice claramente pues, que Ana iría adonde fuera su marido. Ella no podía, y no quería, vivir sin él. Por explícitas que sean estas palabras de Fourquevaux, han sido erróneamente interpretadas. Varios escritores posteriores creyeron que Ana viajaría como amante del Rey. En lugar de este absurdo, ahora sabemos y comprendemos que Ana simplemente se ahorra una nueva separación —a través del continente— de su marido. Con su decisión que ya había mostrado cuando de joven iba a Simancas con su madre, y luego cuando vivía en la Casa Real con su marido, ella tampoco se dejaría manejar en este caso: en ninguna circunstancia volvería a la soledad que había experimentado anteriormente.

Presumiblemente, los Éboli, como otros cortesanos, tuvieron su equipaje dispuesto para el viaje inmediato, así que en el momento de su decisión de salir de palacio, bien voluntariamente, bien forzados, presto pudieron marcharse. Es posible que el choque de la muer-

[56] Sobre la armada filipina de 1567, véase E. SPIVAKOVSKY, *Son of the Alhambra: Diego Hurtado de Mendoza 1504-1575*. University of Texas Press, Austin & London, 1970. págs. 357-360.

[57] *Dépêches*, op. cit., III, 230-237. 16 de Julio, 1567.

te de su hijita no fuera para Ana la única causa de marcharse de allí. Precisamente en este tiempo, la Duquesa de Alba, que había pertenecido a la Casa de la Reina durante algunos años de manera no oficial, recibió su nombramiento de «camarera mayor», dándole autoridad absoluta sobre todas las mujeres que moraban en la Corte. Tras la partida de los Éboli, el apartamento que éstos había ocupado fue reformado y preparado para la Infanta y la nueva criatura que se esperaba. La decisión de utilizar estas habitaciones pudo ser un pretexto de la Duquesa de Alba para alejar a Ana y su casa de la Corte. Sin embargo, el Príncipe de Éboli, aunque ahora vivía fuera de palacio, continuaba yendo allí diariamente, como antes, para cumplir sus deberes cotidianos.

El catalizador para efectuar este repentino alejamiento debe haber sido la cancelación del viaje del Rey. Este cambio de planes suponía desempaquetar, considerar nuevos proyectos, hacer preparativos para permanecer en la capital durante el próximo otoño e invierno. (Sin investigar aquí los motivos de la indecisión del Rey —había dejado a todo el mundo en tensión y continuaba la estratagema al anunciar que iría a Flandes en la próxima primavera de 1558— mencionemos sólo un punto: que su vacilación probablemente fue causada por la dolorosa condición de Don Carlos. El heredero de la Corona ni era apto para dejarse ver en los Países Bajos insubordinados, ni se podía dejar en España, lejos de la autoridad paterna.)

El año de 1568 trajo tristes sucesos a la Corte: primeramente, en Enero, la cautividad de Don Carlos. Como su carcelero principal, Ruy Gómez volvió a vivir en palacio, esta vez sin su mujer ni su familia, ocupando solamente una parte del apartamento que antes perteneciera a Don Carlos y que ahora lo ocupaba el grupo de caballeros que le celaban. En julio ocurrió la muerte del desgraciado Príncipe, y en octubre falleció la joven Reina a cuyos funerales asistieron juntas, igualmente afligidas, la Princesa de Éboli y su antagonista, la Duquesa de Alba.

De aquí en adelante, Doña Ana y su marido pasarían la mayor parte de su tiempo en su palacio de Pastrana, a unas cuarenta millas de la capital (el anterior patrimonio de los Mendoza-de la Cerda que Ruy Gómez había comprado a su suegro). Ruy Gómez todavía aparece sirviendo al Rey, pero se sabe menos de Ana, quien entre 1568 y 1573 parió al menos dos niños más: Don Fernando (que luego se llamaría

Fray Pedro González de Mendoza), y Ana, la menor, que quedó con la madre hasta su muerte (58).

A partir de 1568, el ambiente de la Corte cambió notablemente. Durante los primeros años del reinado de la niña francesa, hubo temporadas idílicas, aparte de los frecuentes intervalos de ansiedad, cuando la Reina Isabel estaba enferma y largas procesiones de clérigos y monjes rogando por su salud se movían a través de los corredores de palacio. Ahora, el palacio se convirtió por completo en un lugar lúgubre, secreto, afligido, penoso. Y cambios análogos habían ocurrido en relación con Doña Ana. Cada vez que se mostraba ella en la Corte, parece que ya no ejercía el mismo encanto que había cautivado a las damas regias en tiempo de su noviazgo.

Otra vez cambió la Corte, en 1570, bajo la cuarta mujer del Rey, su pálida y rubia sobrina, Ana de Austria. En ella probablemente no se miraba a la de Éboli con mucho gusto. Los imperiales padres de la nueva Reina habían recelado siempre de Ruy Gómez, como ya mencionábamos, atribuyendo a su influencia todos los actos de Don Felipe. Ciertamente, su hija sintió menos simpatía por la pareja Éboli que la hija de Catalina de Médicis. Y otros nobles se hicieron cargo del gobierno de la Casa Real, menos afectos a los Éboli que los mismos Alba, sus enemigos, quienes también habían perdido el favor regio. Doña Ana, que nunca aceptaba las cosas sin protestar, debió de portarse de forma insufrible bajo el nuevo gobierno, porque dos años después de la muerte de Ruy Gómez (pasado el período del luto durante el cual ella había quedado en Pastrana), Felipe II dijo que su regreso a Madrid no era de desear: «...no sé si nos conviene a todos quantos estamos en la Corte, y más a los que no podemos salir della...» (59).

Obviamente, de boca de su marido, y por su propia observación, Ana sabía las limitaciones de Felipe II mejor que los demás. Sin duda, ella se creía más inteligente que él, y en su descuido habitual, probablemente no encubría su presunción de superioridad natural sobre el lento e irresoluto temperamento del Rey. Felipe II, probablemente soportaba la conducta altiva de ella como un mal inevitable,

(58) Hay cierta confusión en cuanto a los nombres de las hijas: en el testamento de la Princesa de Éboli, su hija mayor, la Duquesa de Medinasidonia, se llama «Doña María de Mendoza» *Codoín*, t. 53, pág. 543; mientras en el de Ruy Gómez se dice «Ana», el mismo nombre de la última, quizá por error del escribano. *ibid.*, pág. 13.

(59) De una nota de Mateo Vázquez a Felipe II, 24 de Agosto de 1575; en Muro, *Vida*, op. cit., apéndice 174.

inherente al hombre de su confianza. Pero al faltar Ruy Gómez, no es sorprendente que el Rey quisiera dejar su propia Corte antes de sufrir la presencia de aquella insolente mujer.

LA VIUDA

En julio de 1573, el Príncipe de Éboli falleció súbitamente en Madrid, cerca de los cincuenta y siete años de edad. Parece que en la Corte sentían poca simpatía por la viuda. «(Ahora) ¿qué traería el ojo de la Princesa?», conjeturaron maliciosamente las damas de la Corte el día de la muerte. «¿De vayeta?, de verano le traería de anascote, que era más fresco...» (60). Al parecer, la gente no comprendía que Doña Ana se encontraba completamente aniquilada. El mismo día decidió dejar el mundo. Partió inmediatamente al convento que ella y su marido habían fundado en Pastrana, deseando vivir allí como monja. La gente acostumbrada a su altivez y soberbia se mofaba de esta inesperada expresión de su dolor. Su marido le había dado estabilidad emocional; él había sido su apoyo, el respaldo paternal de su vida. Coincidentemente, la Princesa Doña Juana, probablemente el único miembro de la familia regia todavía afecta a Ana, murió en septiembre del mismo año, rompiendo el último vínculo de Ana con la Corte. No le quedaba cosa alguna que levantase su espíritu; menos que todo, sus padres que aún mantenían los mismos antiguos problemas enfadosos. Ana no trataba con ninguno de los dos. Además, sus ambiciosos planes para los casamientos y carreras de sus seis hijos no se habían cumplido aún, salvo el desposorio de la hija mayor, de doce años. La mujer estaba destrozada. ¡Ojalá que el mundo la creyera, dejándola seguir su sincera decisión a renunciarlo! Pero por esta decisión impulsiva la censuraban más severamente que por todas sus demás extravagancias. Bien conocido es cómo su comportamiento resultó contrario al exigido en el convento; de una extrema humildad ella retornó, súbitamente, a su costumbre de mando, hasta el punto de hacer perder la paciencia a la misma Priora de su propio convento. Cuando la venerable abadesa amonestó a la nueva

(60) D. Hernando de Toledo a Albornoz, 27 o 30 de Julio, 1573, en *Documentos escogidos*, op. cit., pág. 457.

monja por recibir a sus vasallos a discutir negocios mundanos, Ana le dijo las famosas palabras: «Vos no deueys de saber que en este mundo yo no me sujeté sino a solo Ruy Gómez, porque era cauallero y jentilombre, ni me sujetaré a otra persona, y soys una loca.» (61).

Cinco o seis semanas después de la muerte de Ruy Gómez, el Prior de la Orden rogó a «Sor Ana de la Madre de Dios» que saliese del convento y volviese a su casa. Ella todavía deseaba persistir en su decisión y dirigióse al Rey para solicitarle permiso en tono humilde (62). Quizá, con un poco de paciencia, las religiosas hubieran ayudado a la Princesa de Éboli a convertirse en una monja como ella quería ser. Pero el Rey le ordenó dejar la vida religiosa y aplicarse a sus deberes, de acuerdo con el deseo de su marido, como ejecutora del testamento de Ruy Gómez y curadora de sus hijos (63). Naturalmente, Doña Ana no tenía el carácter apropiado para resolver problemas administrativos. Su ducado de Pastrana, una pequeña monarquía absoluta, estaba cargado de deudas. Ahora se vio obligada a buscar nuevos capitales para liquidar las deudas de su esposo, y las nuevas que ella iba haciendo para mantener el estado y financiar nuevos planes de su invención. Hubo también de litigar con parientes alguna parte de su herencia (la mayoría de aquellos latifundistas gastaban años en pleitos entre hermanos, primos, y hasta padres e hijos). Lo que mejor sabía hacer era gastar: fue pródiga en ocasiones como, en 1574, cuando el casamiento de su hija mayor, a los trece años, con el Duque de Medinasidonia, y en 1577, el de su segundo hijo, Diego, también de trece años, con Doña Luisa de Cárdenas. (Este enlace lo había contratado ella misma, orgullosamente, pero la unión resultaría desdichada y años más tarde fue disuelta.) Profusamente derramó regalos sobre esta pareja —su hijo y la indócil heredera que le desdeñaba— como «muchas joyas de oro y plata, piedras, rubíes y diamantes; vestidos, brocados, telas de oro y sedas, bordados de oro y de plata; una carroza muy rica, bordada de oro y plata, con quatro cavallos, colgaduras para dos piezas, de ciertas telas de seda de Italia, con cama de brocado y almohadas destrado de lo mismo, con alfonbras de mucho valor... i... muchos vestidos de sedas de diferentes colores a las criadas y criados de doña Luisa y a los pajes y lacayos del Duque libreas de mucha cos-

(61) *Ibid.*, 12 de Agosto, 1573.

(62) *Codoín*, T. 56. págs. 18, 13

(63) *Ibid.*, pág. 20.

tá... (también) una tapicería de oro y seda, con cama de oro, plata y seda...» (64). Pero todos estos símbolos de rango los adquiriría con las propias rentas de Don Diego que ella administraba. (Para recuperarlas, el hijo luego perseguiría a la madre, ya prisionera, litigando con ella en un tiempo en que Ana fue privada de todos sus derechos legales.) Vendió algunas casas en Madrid, fundó y construyó un nuevo convento en Pastrana (para sustituir aquel que Santa Teresa había disuelto, sacando de él a todas las monjas durante la estancia de Ana), y compró a su padre para el mismo Diego —entonces favorito entre sus hijos— el estado y título de Duque de Francavilla. Sus procedimientos eran equívocos, sus rentas disminuían, todos sus negocios estaban confusos.

Las relaciones financieras entre Doña Ana y su padre eran tan malas como las personales, porque el precavido Duque (ahora llamado «Príncipe de Mélito»), sabiendo que su hija no le escucharía, en agosto de 1575 rogó al Rey que mandase a Fray Hernando de Castillo a Pastrana, a fin de persuadir a la Princesa de que volviese a Madrid para mejor cuidar de su hacienda. La petición del Príncipe de Mélito pone de relieve una vez más la opinión de Don Felipe sobre Ana cuando el Rey escribe en el margen de la nota de su secretario:

Aquí va ese papel que he visto, y para el recatamiento que yo traygo y he traído toda mi vida de no meterme en los negocios destas personas [es decir: Doña Ana y sus padres], será bueno hazer agora lo que aquí se dice; y tanto más que lo que toca a los negocios y pleytos yo no sé si importa la venida, pero tengo por muy cierto que para la conciencia y quietud de todos ellos, y aun no sé si al honor, les conviene más el no venir ella aquí; y aun creo que para conservar la amistad con sus padres, pues ella misma diz que dice que en ausencia son amigos y que en presencia no lo pueden ser. Y Ruy Gomez me lo dixo asi a mi muchas vezes; y sé muy bien que su voluntad no fuera de que viuda viniera ella aqui, antes creo y sé que era tan fuera de su voluntad, que adonde agora está creo que lo sentiria si se hiciese; y no es razon que yo ordene cosa que sé, y tan de cierto, ser contra su voluntad.

Y después de las palabras arriba citadas referentes a cómo ella sería mal recibida en Madrid por los que no podrían abandonar la Corte, el Rey continúa:

(64) Codoin., t. 56. págs. 436-440.

Así que aunque yo me hubiera de meter en estos negocios, no me metiera en éste en particular, quanto más estando determinado tanto ha de no meterme en estas cosas (65).

Las personas dominantes y egocéntricas, que se preocupan poco de los sentimientos ajenos, generalmente no se enteran de la impresión que causan. De ahí se deduce que Doña Ana no supiera cuán poca simpatía hallaría en la Corte. De cualquier modo, en abril de 1576 —o quizá algo antes— volvió a Madrid (66). Su madre había fallecido en marzo de 1576. Ahora su padre hizo lo que le haría más famoso: se casó precipitadamente con una joven para obtener por fin el hijo que despojaría a Ana de la herencia de los Mendozas. (Su madre no dejaba hacienda; como ya hemos dicho, solamente la tercera generación de los Éboli heredaría el estado de los Cifuentes.) El padre murió, dejando a la nueva Princesa de Mérito preñada. La malevolencia del viejo la atribuye Marañón a su aversión a su yerno Ruy Gómez, que en estas fechas llevaba ya cuatro o cinco años muerto (67). (La segunda mujer de Mérito era la hija del Duque de Segorbe, uno de los mejores amigos de Ruy Gómez; y el mismo Marañón dice en otra parte que durante los últimos años de Éboli, mientras Ana y sus padres no se hablaban, su padre y su esposo se vieron diariamente. Aunque Marañón evidentemente sabía de estas tardías luchas interfamiliares, ni él ni otros se dan cuenta de que la aversión del padre a su hija databa de muchos años antes.) Su último plan de venganza fracasó: su viuda dio a luz una hija muerta. Y este fue el fin de una guerra entre los sexos que duraba desde tiempos de la vida de la madre de Ana. Lo que este fracaso significó en el carácter de Ana, apareció pronto con todo su fuerza, cuando por primera vez en su vida se halló completamente libre, a rienda suelta, sin el freno benevolente de su marido, u hostil de su padre.

De aquí en adelante aumentará su dominio sobre Antonio Pérez, el cual había sucedido a su padre Gonzalo Pérez como Secretario de Estado del Rey e iba a suceder también a Ruy Gómez (dentro de ciertos límites) como valido. (Pretendía también, al menos frente a Doña Ana, ser hijo bastardo de su esposo.) Marañón, en su gran

(65) véase nota 59.

(66) *Codoín*, t. 56, pág. 61.

(67) **MARAÑÓN, Antonio Pérez**, I, pág. 173.

libro, cuenta todo lo que es posible saber sobre Pérez y sobre las circunstancias de su arresto y el de Ana, en julio de 1579. No obstante, conociendo la vida anterior de Ana, podemos preguntarnos por qué, en los últimos años de la década de los 70, esta mujer se hallaba en camino inevitable de chocar con el poder del Rey. No basta decir simplemente que era loca. La gente lo aceptó así, fácilmente, explicando con su locura las irresponsabilidades de su comportamiento. Para justificarlo adujeron el ejemplo de su ambiciosa abuela paterna, Doña Ana de la Cerda, y otros antecedentes. No es preciso mirar tan lejos. Ana había visto en sus padres un orgullo insaciable y un anhelo de dominar. Durante su infancia entre las luchas de su padre y de su madre, el mismo aire que respiraba fue violento; y de su madre, aprendió además, sutileza e intriga. A veces la madre le decía mentiras, pero, ciertamente, Ana descubría todos los designios, grandes y chicos, de la Duquesa, sin perdonar a su madre, y ella misma sabía intrigar aún mejor. Y especialmente se había criado desarrollando los instintos de amor propio como mujer en contra de la dominación masculina. La anterior Duquesa de Francavila vivía en continua rebelión en contra de aquella opresión, pretendiendo a veces, con su sarcasmo, que lo miraba todo como cosa sin importancia. En Ana, este resentimiento iba a emerger no en contra de su marido a quien podía sinceramente respetar, sino en contra de su hijo Rodrigo, del Rey, de sus vasallos, del mundo. (Parece ser que durante largo tiempo ella sentía desprecio por su hijo mayor, Don Rodrigo de Silva y Mendoza, Duque de Pastrana, probablemente no muy inteligente, pero como su abuelo materno colérico, confuso, violento, y superficial. Escapó de la casa de su madre a los dieciocho años, quejándose de ella, vagando por todo el país con bandas de jóvenes rufianes; más tarde sirvió con heroísmo en la armada del Rey en puestos de responsabilidad, primero en Portugal y después en Flandes, donde encontró la muerte, aún joven. Sin embargo, cuando él se procuró por sí mismo, un buen casamiento, Doña Ana le escribió cartas de maternal afecto. Con simpatía y perspicacia sugiere que «si tubieres algún fruto vivo de hijo, de las verduras pasadas, me le embia aca, sin que tu muger lo sepa.» (68).

(68) **Codoin**, t. 56, págs. 69-71, tiene tres cartas sin fecha de Doña Ana al «hijo», que el editor (en 1870) supone haber sido dirigidas a Diego; la evidencia nos permite establecer una fecha aproximada para la segunda y tercera de las cartas y saber que fueron dirigidas a Rodrigo. El hijo a quien ella da la enhorabuena por su casamiento no puede ser

En vida de su marido, Doña Ana había usado de la gran influencia de éste sobre Felipe II para beneficiar a su familia en la forma que es sabido: las distinciones a su padre, el casamiento de su hija mayor, y probablemente muchas otras prerrogativas. Desde su regreso a Madrid, volvió a establecer una nueva conexión indirecta con los asuntos internos de la política del Rey por medio la persona del gran intrigante Antonio Pérez. Ahora le fue posible desplegar su propio talento para la intriga sin la traba del sabio consejo de su marido. Si esto era locura, hay que hacer notar que ella, animada de la idea fija de dirigir el gobierno regio para el provecho de sus hijos, lo tenía por cosa muy razonable.

De 1576 a 1579, las principales preocupaciones de la política de Felipe II se extendían de la situación, cada vez más difícil en los revoltosos Países Bajos (que su hermano Don Juan de Austria vanamente luchada por mantener bajo el Rey, 1576-1578) a la contienda por la corona de Portugal. (Tras la súbita muerte del joven Rey D. Sebastián —1578—, el trono fue ocupado por su tío abuelo, el Cardenal Enrique, viejo, enfermo, sin descendencia, por lo que, ante su próximo fin, varios pretendientes reclamaban la herencia.) Como Antonio Pérez manejaba la correspondencia referente a Flandes y Portugal así como la de Italia, todos los oficiales del Rey competían por su favor. La larga lista de los altos personajes que le pagaban subvenciones es sorprendente: incluye, aparte del propio Don Juan, los nombres de la hermana del Rey, Margarita, Duquesa de Parma, y de su sobrino Alejandro Farnesio, Príncipe de Parma (69). Todos dependían en cierta manera de Pérez, porque la totalidad de su correspondencia con Felipe II pasaba por sus manos.

otro que Rodrigo a quien dice aquí que la envíe su «fruto vivo» porque es precisamente el Duque de Pastrana quien se casó en 1584/1585; la primera preñez de su mujer (a quien Ana se refiere encarta III) ocurría en 1585, el mismo año, además, en que D. Rodrigo con la Corte del Rey iba a Aragón para el casamiento de la Infanta Catalina, a quien Ana también alude en la tercera carta. En 1585, Ana se encontraba muy afligida en su rígida cautividad, y aquí se queja de sus sufrimientos, rogando a su hijo que suplique por merced a los pies del Rey: ella siempre se someterá a la voluntad de Su Majestad. Sin embargo, «en lo que es mendigar justicia como culpada y delincuente, eso no; que no he hecho por qué, ni conoceré jamás culpa.» El recipiendario de estas palabras no puede ser Diego (como erróneamente suponen los editores) quien todavía se encontraba atado a su renuente mujer, hasta 1590 en que se anuló el matrimonio. Se casó otra vez en 1591, empezando su sucesión solamente desde esta fecha. Véase *Historia genealógica*, op. cit., págs. 573-575 sobre el Duque de Pastrana; 583-585 sobre Diego de Silva y Mendoza, segundo Duque de Francavilla.

(69) **MARAÑÓN, Antonio Pérez, II, 783, 784.**

Curadora de la hacienda de sus hijos, la Princesa de Éboli tenía intereses en todas direcciones, especialmente en el reino de Nápoles, de donde obtuvo parte de sus rentas, y también en Portugal, donde esperaba efectuar el casamiento de uno de sus hijos con un Braganza, casa de sangre real. Toda la pasión de su vida a partir de ahora se dirige al engrandecimiento de sus descendientes, y no a la persona de Antonio Pérez, como erróneamente dicen la calumnia y la leyenda. Pérez, como hoy generalmente se acepta, fue mero instrumento para sus ambiciones, dejándose comprar y utilizar. Con su habitual munificencia, Ana encabezó, naturalmente, la lista de los que buscaban el favor del Secretario. Pródiga, le agasajó con dinero y presentes, quizá legítimamente al principio de acuerdo con las costumbres del momento, por la asistencia que él la prestó en sus negocios con sus vasallos italianos; después, para satisfacer sus anhelos de dominio, poniendo la mano en las riendas del gobierno; y finalmente, por la esperanza de que Pérez la ayudase en sus planes dinásticos con sus dádivas. Ana le sobornaba para que él la informase de los planes de gobierno referentes a sus propios intereses. Pero esta traidora asociación fue descubierta por su antiguo criado Juan de Escobedo, el mismo que, como hemos visto, había observado tan agudamente los caracteres de sus padres.

En 1577, Don Juan de Austria, a cuyo servicio estaba, había enviado a Escobedo desde Flandes a Madrid a implorar una mayor ayuda del Rey. Llegado a la capital, Escobedo observó —o intuitivamente dedujo— las tramas de Pérez y la Princesa en relación con los secretos inherentes al alto oficio de Pérez. Sería demasiado largo narrar aquí el complot que costó la vida a Escobedo, muerto en la calle una noche de marzo de 1578; es suficiente decir que su asesinato fue organizado por Antonio Pérez.

Dieciséis meses después de este crimen, a altas horas de la noche, la Princesa y Pérez fueron arrestados simultánea pero separadamente, cada uno en su casa. En círculos cortesanos, semi-oficialmente, los arrestos se atribuían a la rivalidad de Pérez y un nuevo Secretario del Rey, Mateo Vázquez, personaje desdeñado por Ana. Pero en cuanto a la prisión de ella, la *vox populi* no creía esta ridícula razón. Se suponía generalmente que había una relación entre los arrestos y aquel asesinato. Pero si el Rey quería investigar y castigar la muerte de Escobedo, ¿por qué había esperado nada menos que

dieciséis meses? (70). Obsérvese la fecha: cuando Ana fue puesta en prisión, habían pasado casi doce meses desde la muerte del Rey Don Sebastián, tiempo en que Don Felipe concentraba todo su interés en preparar su aspiración al trono portugués. Algunos cortesanos comprendían la verdadera ofensa de Ana, lo único que parece verosímil: ella fue retirada de la Corte porque se había entrometido en el problema actualísimo y secretísimo de Portugal. Este aspecto del caso no se ha hecho notar suficientemente (salvo por Antonia Valente, quien sin embargo, repite crédulamente las diferentes leyendas de amoríos) (71).

«...La verdadera causa de la prisión desta gente», escribe uno de los bien informados a Mateo Vázquez, «es que la Jezabel [Ana, obviamente] trataba de casar su hijo con hija del de Braganza, y que con esta ocasión el Caballero Portugués [Pérez, quien, aunque no era portugués manipulaba las relaciones con Portugal] la hacía amistad hasta darle la cifra y otras cosetas de por casa desta manera, cosa que tiemblan las carnes a oirlo...» (72).

Otro cortesano escribe que Ana intentó casar a su hija con el heredero de Braganza (73). Además y al parecer, poco tiempo antes de su desgracia, ella había dicho las famosas palabras: «Gran cansancio es estarse los señores toda la vida en señores... porque en fada ser siempre señores y nunca ser reyes...» (74).

Este es, pues, el verdadero designio de Doña Ana: el deseo de ver a uno de sus hijos entroncado con la Casa Real portuguesa. Desde su punto de vista, ella tenía cierta razón para sentirse superior a todos los demás ramos de los Mendoza porque su bisabuela paterna, la hermosa amante portuguesa del Gran Cardenal, era prima del Rey de Portugal. El único medio legítimo para alzar el rango de su casa a categoría regia se encontraba en este nuevo plan que envolvía a la Casa de Braganza.

Pero acaeció, que al mismo tiempo, el propio Rey español reclamó

(70) *Ibid.* I, pág. 345 y ss. sobre la implicación de Felipe II en ordenar la eliminación de Escobedo.

(71) «Un dramma político alla corte di Filippo II,» en *Nuova Rivista Storica*, t. VIII, 1924. 264-303; 416,442.

(72) Pedro Núñez de Toledo a Mateo Vázquez, 25 de Agosto 1579, en Muro, *Vida* op. cit., apéndice 65, pág. 79. «otras cosetas de por casa» se debe referir a la correspondencia del Rey que el Secretario, como era la costumbre, tenía en su propia casa.

(73) Giovanni di Bologna al Cardenal Farnese, 17 de Octubre, 1579. citado por A. VALENTE, «Un dramma», op. cit. pág. 284.

(74) MURO, *Vida*, op. cit., apéndice 175, pág. 17.

la corona de Portugal en contra de las pretensiones de aquella familia. La Duquesa Catalina de Braganza, descendiente del Rey Manuel como Felipe (eran primos), pero por línea de varón, tenía derecho igual, o mejor, al disputado trono. Posiblemente Ana se imaginó ayudar a la pretensión de Felipe II con su intervención. No es increíble tal pretensión de igualdad o hasta de superioridad de su megalómana opinión de sí misma, especialmente porque durante todos los años de su larga cautividad, ella siempre negó el haberse puesto en contra del Rey.

Sin embargo, es posible dudar de su veracidad. Visto que sus relaciones con la Casa de Braganza envolvían su propio interés, Ana quizá esperaba ayudar a aquella Duquesa para conseguir la Corona. Como quiera que sea, ella fue culpable de grandes perturbaciones. El soborno de Pérez, la lectura de la correspondencia extranjera del Rey eran crímenes de Estado, traición máxima, desde el punto de vista de Felipe II. A muchos de sus vasallos había el Rey ajusticiado por menores delitos. (Dice Manuel Fernández Alvarez que Ana fue culpable, junto con Pérez, «de venta de secretos de Estado a los flamencos rebeldes y a Roma», aserciones no probadas y, a mi juicio, inverosímiles. Más admisible parece el párrafo siguiente del mismo autor: «que la Princesa de Éboli conspiró para asegurar en su familia la sucesión de Portugal» (75). Claro es que nada se sabe positivamente porque toda la evidencia de intervención de Ana en negocios de gobierno fue destruida o suprimida. Felipe II no podía permitir la revelación de los crímenes políticos de la Princesa. Tal proceso hubiera acarreado la publicación de sus propios secretos, acción imposible en este monarca absoluto e intrigante. Esta es la razón por la que los delitos de Ana no se mencionan siquiera en la correspondencia privada del Rey con sus ministros, y por la que nunca se le hizo un proceso. En su arbitrario castigo, Felipe II, no se muestra cruel con ella, al menos antes de 1590.

Primeramente, en 1579, para evitar que Ana le hiciese más daño político, el Rey la encerró en la Torre de Pinto, lugar aislado y cercado de guardias armados. Medio año después, le quitó la guarda, permitiéndole trasladarse al castillo de Santorcaz, más amplio, donde sus hijos pudieron juntarse con ella. Para el poderoso monarca, no fue tan fácil el mantener cautiva a la Princesa como se podría supo-

(75) *Economía, Sociedad y Corona*, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1963, pág. 209, Chronica Nova 9, 1977, 5-48

ner. El que vigilara a esta altiva mujer debía ser un noble de rango, pero tan pobre que necesitara el moderado sueldo pagado por la prisionera misma —no faltaban hidalgos españoles de esta clase—, pero al mismo tiempo debía ser lo bastante audaz para enfrentarse a esta inquieta mujer cuya violencia y soberbia iban creciendo en la prisión. Su primer carcelero dijo: «...la princesa y sus criadas bastan para hacer perder el juicio a cualquiera que con ellas tratare...» «me traen perdido y desatinado... Dios me libre de ellas...» (76). Otro caballero a quien pedían se encargase de su hacienda suplicó al Rey que «fuese servido excusarle deste negocio, porque en cosas de la Princesa no se empachara para haber de tener correspondencia con ella por todo lo que ay en el mundo, porque la teme como el fuego...» (77). En fin, Felipe II nombró a Juan de Samaniego, anteriormente criado muy estimado de la familia Farnesio, el cual ya había servido a Ana en tiempos de su prosperidad. La Princesa y sus hijos se exasperaban de que «una señora tan grande se vea entregada a su criado»; el desdichado caballero padeció este cargo de guardar a la de Éboli —diciendo que se hallaba en una jaula de leopardas— por más de un año (78).

En esta coyuntura, el anciano Duque de Alba que ya antes que Ana había perdido su libertad, y a quien, como dijo él mismo, Su Majestad envió en cadenas a conquistar reinos, había ganado su campaña militar contra Portugal. Ahora Felipe II se sintió lo bastante seguro como para permitir que Ana volviese a su libertad, aunque limitada a su señorío de Pastrana. Pero la Princesa, bien en estrecha prisión, bien en su propia casa, continuó rebelándose contra la autoridad regia.

«Esta muger es muy amiga de su voluntad», escribe Don Antonio de Pazos, presidente del Consejo de Castilla, al Rey, casi un año después de su prisión. «Como nunca la tuvo sujeta a otra, paréscelle que agora son tiempos que solían.» Debe aprender ella «que no tiene voluntad ni libertad mas de quanto V. M. mandare y ordenare» (79). Esto hace recordar la caprichosa voluntad de Ana en su juventud cuando se encerró en una prisión desafiando desde allí la autoridad de su padre. Pero como hacía notar el presidente del Consejo: los

(76) MARAÑON, Antonio Pérez. I. pág. 423.

(77) Pazos a Felipe II, *Codoin.*, t. 56. pág. 301.

(78) MARAÑON, Antonio Pérez. I. pág. 123.

(79) Pazos a Felipe II, *Codoin.*, t. 56. pág. 326.

tiempos habían cambiado. A la opinión pública del día ya no le desagradaba ver humillada a una mujer tan altiva. «Lo de Jezabel y consorte», dice una carta anónima de 26 de septiembre de 1579, «ha parecido acertado y conveniente... para que se sepa que hay justicia para mugeres, aunque más principales sean y libres...» (80). De esto puede inferirse que en la opinión de la gente, hasta que Felipe II se atrevió a castigar a la Princesa, no era tan raro que las mujeres de la nobleza se arrogasen privilegios ilimitados.

A fines de 1582, supo el Rey que la Princesa, en su relativa libertad dentro de Pastrana, había vuelto a su habitual vida ostentosa. La mujer de un médico, por ejemplo, que visitó a Doña Ana, se maravillaba de su palacio «que era con muchas músicas diferentes y regocijos que de ordinario habia, y que era como lo que se escribía en libros de caballería, y que entre otras cosas que la Princesa habia tratado con ella, le dijo las palabras siguientes... Que S. M. se había engañado en haberla tratado así; porque si así no fuera, creía que las cosas de Portugal se hubieran acabado mas ayna...» (81).

Para acabar con tales extravagancias, y culpando a Ana de administrar mal su estado en daño de sus hijos, el Rey puso tutor sobre su hacienda. Mucho lo dudó antes de dar tal paso porque iba en contra de las sagradas leyes de propiedad que permitían hasta «que los presos no pierdan por causa de su prisión, su hacienda, causas y negocios... y aun en la ynquisición algunas veces se da lugar á esto...» (82). Pero ahora el Rey consideró que los irresponsables gastos de Ana le daban derecho a despojarla de los poderes administrativos sobre sus vasallos que hasta entonces él no había osado tocar. (Otra vez se recuerda el tiempo en que Ana y su madre, en su voluntaria prisión, fueron impedidas por su padre de adquirir nuevos vestidos y sombreros.) Más tarde, durante 1583, ella fue tratada como demente y al mismo tiempo Felipe II restringió sus movimientos a determinadas partes de su propio palacio.

En 1590 la hizo emparedar en una de sus habitaciones. Este último y terrible castigo de la abatida mujer, ya gravemente enferma (moriría en aquella cámara en febrero de 1592, a la edad de 52 años), fue consecuencia de la reciente huída de Pérez a Aragón. Las desdichas que cayeron ahora sobre el mismo Felipe II —la rebelión de

(80) *Codoin*, t. 56, págs. 220-223.

(81) Licenciado Ortega a M. Vázquez, 3 Febrero 1583. *Ibid.*, 423.425.

(82) Pazos a Felipe II. *Ibid.*, 249.253.

Aragón y subsiguiente fuga de Pérez al extranjero, ocasionando la irreparable pérdida de la reputación del Rey— nunca hubieran acaecido sin los anteriores manejos de Doña Ana. Por eso, el Rey la iba a destruir gradualmente. Pero su propio nombre también fue destruido por su interdependencia con aquellas dos personas tan seguras de ser más agudas que el monarca.

La venganza de Ana fue póstuma. Su visión de unir su casa a la realeza de Portugal no era un «imposible sueño». Su bisnieta, descendiente de la Duquesa de Medinasidonia, se casó con un Duque de Braganza en el momento de la independencia (1640), haciendo Rey de Portugal a su marido cuando los sucesores de Felipe II perdieron aquel trono.

Se ha visto, pues, que el retrato de Doña Ana como esposa, madre y viuda, y el de su marido como hombre poderoso y honorable, han sido falseados en la leyenda, y consecuentemente, en la historia. Si probamos de analizar el porqué de tal error fundamental, hallaremos infinidad de razones. Débese pensar en la mala voluntad de los contemporáneos, movidos por envidia y por sensacionalismo, estimulados por las intrigas y también en la negligencia de la misma Ana, descuidándose de la impresión que su intemperada personalidad haría. Pero sobre todo quizá se debe decir que la mente pública, ante un comportamiento que no se comprendía bien, buscaba una explicación adecuada a la experiencia cotidiana: una mujer que actuaba diferentemente de las demás no podía ser otra que licenciosa en su moralidad sexual. De tal manera, todos los escándalos provocados por la Princesa de Éboli se atribuían a su supuesto «sex appeal»; fatal, convencional interpretación, que trata de encubrir el hecho —incomprensible entonces, y quizá aún hoy en día— de que la desgracia de esta mujer fue consecuencia de las prerrogativas que ella, ansiosa de dominar, se arrogaba en una sociedad gobernada por el hombre.